



Dr. Plinio

Mensual Vol. III - Nº 31 Noviembre de 2020

*Contemplativo y
hombre de acción*

El pontificado aliado a la santidad

Gabriel K.

San León Magno enfrenta a Atila y le impide saquear Roma – Museo Vaticano



San León Magno fue uno de los mayores papas que la Historia registra. Luchó en su pontificado contra numerosas herejías que en ese tiempo agitaban a la Iglesia

Con la autoridad de Papa aliada a la cualidad de Santo, cuya santidad fue confirmada por uno de los mayores milagros de la Historia de la Iglesia – la victoria sobre Atila y sus tropas que pretendían invadir Roma –, hizo sermones advirtiendo al pueblo contra los herejes, exhortándolo a denunciarlos a los sacerdotes y vicarios, para sufrir las penas canónicas y, eventualmente, también las temporales.

Por lo tanto, él practicó una virtud que hoy sería muy poco apreciada, por ser opuesta al ecumenismo mal comprendido. ¿Qué diría San León Magno delante de las herejías lanzadas en nuestros días?

Pidamos a él que reencienda en la Iglesia ese espíritu de discernimiento, de intransigencia y de lucha, que sería suficiente para evitar al mundo los terribles castigos por los cuales inevitablemente va a pasar, si no se convierte. Que al despuntar la aurora del Reino de María ese espíritu esté inmensamente encendido y dure hasta el fin de los tiempos.

(Extraído de conferencia de 10/04/1967)

Sumario

Vol. III - No. 31 Noviembre de 2020



En la portada,
el Dr. Plinio en 1982.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- EDITORIAL**
- 4 *Meditación y apostolado*
- PIEDAD PLINIANA**
- 5 *Acción de gracias por medio de Nuestra Señora después de la Comunión*
- DOÑA LUCILIA**
- 6 *Una señora de sociedad enteramente vuelta hacia la devoción*
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
- 12 *Consideraciones sobre la visión beatífica*
- HAGIOGRAFÍA**
- 19 *Refulgente destructor de las herejías*
- SANTORAL**
- 22 *Santos de Noviembre*
- EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO**
- 24 *Inocencia, Revolución y Contra-Revolución*
- DR. PLINIO COMENTA...**
- 28 *Bienaventurados los que esperaron*
- APÓSTOL DEL PULCHRUM**
- 32 *Reflexiones en la línea de lo maravilloso*
- ÚLTIMA PÁGINA**
- 36 *Medianera de todas las gracias*
- 

Meditación y apostolado

La civilización contemporánea, por causa de la vida trepidante impuesta por los medios de diversión excitantes, mantiene al hombre en una perpetua agitación y fija constantemente su atención sobre hechos nuevos, no raras veces sensacionales, de una actualidad candente, aunque enseguida son sustituidos por otros, en una sucesión que aturde.

Habitado a este régimen de vida, el hombre de hoy sufre con frecuencia de una super excitación de los sentidos y de la imaginación, y de una atrofia de la razón. Le desagrade fijar prolongadamente la atención sobre un mismo objeto. La reflexión calmada, lúcida, dilatada, le resulta fastidiosa. Fijar la atención y reflexionar son operaciones que implican la primacía de la inteligencia sobre los sentidos. Y vivimos de lo contrario: del dominio de los sentidos sobre la inteligencia.

Los autores espirituales llaman a este defecto disipación. El alma considera constantemente cosas del mundo, y nunca entra en sí misma, nunca analiza su propio interior. Al considerar el mundo exterior, lo hace de modo superficial, contentándose apenas con las apariencias, sin penetrar jamás en la realidad profunda de las cosas, y sin remontarse, a partir de ellas, hacia un plano de reflexiones más elevado.

El hábito de la meditación consiste precisamente en lo contrario. El hombre es capaz de aislarse, de privar a sus sentidos de la embriaguez continua de las impresiones, sensaciones y vibraciones, de desviar su atención de lo que es externo, pasajero, superficial, para aislarse en el sosiego de algún rincón y pensar.

La meditación específicamente religiosa, como nos es presentada por la Santa Iglesia, tiene un fin bien definido: considerar las verdades cuyo conjunto constituye la Doctrina Católica, viéndose a sí mismo y al mundo exterior ordenados a esas verdades.

Toda la vida espiritual depende de la gracia de Dios y de la colaboración de la voluntad humana. Ahora bien, en la meditación, es Dios quien, por la gracia, va esclareciendo la inteligencia y dando vigor a la voluntad para el conocimiento y la práctica del bien. Es, pues, un acto de intimidad del alma con el Espíritu Santo, que trasciende la simple meditación natural y la eleva a la categoría de uno de los actos más augustos de la vida humana.

Esta meditación sobrenatural – lo dice expresamente Nuestro Señor (cf. Mt. 11, 25) – no es privativa de los hombres de ciencia. La historia de los Santos prueba que muchas veces las meditaciones más profundas fueron hechas por personas muy ignorantes en el sentido humano de la palabra, pero llenas de virtud y de amor de Dios.

¿Y el apostolado? ¿Acaso la meditación no incapacita al hombre para la acción? ¿Qué es mejor, rezar o actuar?

La pregunta equivale, en el terreno espiritual, a esta otra del terreno material: ¿Qué debe hacer el hombre: comer o beber? Evidentemente es necesario comer y beber, rezar y actuar.

La meditación bien hecha trae, como consecuencia, el espíritu para el apostolado. Los propios religiosos contemplativos no escapan de esta regla, pues hacen apostolado ¡y de una manera excelente! Y si un contemplativo no tiene celo por la salvación de las almas, se puede decir que su contemplación está mal hecha.

Meditar es ejercitarse en el amor a Dios y al prójimo ¿Cómo alguien puede tener ese amor y ser indiferente a que la gloria de Dios sea profanada a todo momento por el pecado, y que a todo instante las almas estén exponiendo su salvación eterna?

En realidad, ser apóstol supone, antes y por encima de todo, la meditación. Pues un apóstol sin amor de Dios y del prójimo no tiene sentido ni consistencia, es mera agitación*.

* Extractos de la conferencia realizada en la sesión solemne de cierre del 1er Congreso de las órdenes Carmelitas de Brasil el 30 de octubre de 1952, y publicada en *Mensagem do Carmelo*, noviembre-diciembre de 1952, p. 267-269



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Flávio Lourenço



Virgen de la Merced – Museo de San Francisco, Santiago, Chile

Acción de gracias por medio de Nuestra Señora después de la Comunión

Oh María Santísima, Madre mía, Vos encontrabais tantas maravillas para decir a vuestro Divino Hijo cuando Él estaba en vuestro claustro virginal. Decidle por mí aquello que me gustaría decirle si conociese vuestros sublimes coloquios. Adoradlo como yo quisiera adorarlo, pero – ¡oh dolor! – no soy capaz. Dadle la acción de gracias que yo debería darle, y no sé hacerlo. Presentadle actos de reparación por mis pecados y por los del mundo entero, con un ardor que infelizmente no tengo.

Madre mía, pedid por mí todo lo que mi alma necesita y todo aquello que necesitan todos los hombres, para instaurar en la Tierra vuestro Reino. Porque, Madre mía, lo que os pido más que todo es el triunfo de vuestra gloria y la implantación de vuestro Reino en mí y sobre todos los hombres. ¡Así sea!

DOÑA LUCILIA



Archivo Revista

*Una señora de sociedad
enteramente vuelta
hacia la devoción*

En Doña Lucilia se notaba la unión de la sociedad espiritual con la temporal. Ella era una señora de sociedad y no una monja. Pero, de tal modo estaba embebida de las gracias recibidas del Sagrado Corazón de Jesús, que ambas condiciones se permeaban: la de una señora de sociedad y la de un alma dada completamente a la piedad.

En mi infancia, en el contacto continuo entre madre e hijo, más aún siendo un hijo de tierna edad, yo sentía en Doña Lucilia algo que después, a lo largo de la vida, no hizo sino confirmarse: la dulzura de un espíritu, de un alma elevada a altas meditaciones.

Elevación, bondad, perdón sin límites y soledad

No era apenas la dulzura de una persona dotada de buen genio, de buen humor y que trata bien a las personas, sino una cosa mucho más alta. Era el buen genio, el humor afable y acogedor de ella, como penetrado por un rayo de luz que hacía la bondad de mi madre tan a la manera de la bondad de Nuestro Señor Jesucristo, que yo notaba perfectamente que le había sido dado por Él, como si se sacase de un sol un rayo y se atravesase con él un alma. El alma no quedaría con todos los rayos de ese sol, pero quedaría llena del rayo que recibió.

Así, ni de lejos ella tenía todas las virtudes de Nuestro Señor Jesucristo, a no ser en un grado que un buen católico practicante debe tener. Pero había una presencia de elevación, de tristeza, de bondad, de perdón sin límites y de soledad en torno de

ella. Una soledad que no era el vacío. Ella no tenía en torno de sí el vacío; su soledad estaba toda saturada e impregnada de la irradiación de su bondad.

Conociendo eso en ella, yo tenía una especie de confirmación tangible de cómo era en el Sagrado Corazón de Jesús. Y viendo cómo era en Él en un grado infinitamente mayor, y en mi madre era una cosa semejante, eso me confirmaba también en la fe. Es decir, tanto es verdad que Él es así, que ella, a fuerza de rezarle, quedó con algo de eso. De manera que era una acción reversible, medio en péndulo: viendo las imágenes de Él, más de una vez yo me acordaba de ella; y viéndola, más de una vez yo me acordaba de Él.

De ahí resultaba una especie de quererla bien, que era un quererlo bien a Él en ella. Yo la quería inmensamente bien a ella, pero la razón principal era porque, viéndola, en ella yo veía la discípula del Sagrado Corazón de Jesús.

Es necesario decir lo siguiente: nunca noté en ella el más mínimo deseo de imitarlo físicamente, lo cual sería enteramente insoportable, intolerable. Mi amistad, mi afecto por ella se partiría en pedazos si yo notase algo así. No era eso, sino propiamente lo que la Doctrina Católica nos enseña de un alma buena, recta, muy sobrenatural, que recibía ese embebecimiento de Él.

El Dr. Plinio junto a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y al *Quadriño*, en la sala de visitas de su residencia, en 1984





Imposibilidad de inventar un Hombre Dios

Eso me animó la vida entera. En los reveses y aborrecimientos más grandes me daba siempre algo que me alegraba. Era un lado de mi vida, por así decir un jardín, donde nunca penetró lo opuesto. De ahí venía un sentimiento de apoyo muy grande.

Yo también percibía que, delante de los que me querían perder, mi madre tomaba una actitud, la cual supongo que nunca llegó a las palabras, pero dejaba claro que, si ellos me llevasen hacia el mal y de ahí resultase algo que ella viese, mi madre crea-

ba un problema, y uno de esos problemas que sería histórico en la familia! Y ellos tenían miedo de enfrentar. Esa energía tenía algo de afín con su bondad. Esa era la energía inquebrantable de la cual Doña Lucilia daba pruebas en ciertas ocasiones.

Todo eso era muy formativo para mí. Creo que de algún modo se me comunicaba. Y esa es la prueba de que la bondad era verdadera, no hay duda alguna.

Me acuerdo de que la primera vez que supe que existía gente que ponía en duda la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, ¡quedé aterrado! Mi reflexión era la siguiente: “Pero ¿ellos no ven en cualquier imagen que tiene que haber existido, y que fue Dios? ¡Porque eso no se inventa! ¡Nadie es capaz de inventar ese Hombre, ni ese Dios! ¡O eso se vio, o no existiría!”

De hecho, no hay posibilidad de inventarse un Hombre Dios, que represente tan bien el papel que un Hombre Dios puede haber tenido. Eso no puede haber sido producto de una imaginación, y sí producto de la realidad. Solo un Hombre Dios sería capaz de eso, y el Hombre Dios solo podría ser así. Pero no habría ningún hombre que inventase eso. No me vengan con cuentos, porque yo no creo. Tal individuo fue un gran pintor, otro un gran escultor, un tercero un gran dibujante. ¡Pero inventar eso, no se inventa!

Además, todas las imágenes de Él, sobre todo en cuanto Sagrado Corazón, reflejan algo que está unido a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y tienen toda la comunicatividad de la cual hablaba Santa Margarita María Alacoque, que fue quien recibió las revelaciones. Es decir, las propias imágenes de Él son comunicativas.

A propósito, la imagencita del cuarto de Doña Lucilia, aunque no tenga un valor económico apreciable, tiene algo que, a mi modo de ver, la imagen que queda en la sala de visitas no tiene. Esta última es más fina, esculpida en alabastro; sin

embargo, la del cuarto de ella tiene otra comunicatividad.

En la mañana, ella pasaba horas rezando en el cuarto. Yo creo que ella hacía una especie de *transfert* de lo que había en aquella imagen para la de alabastro, atribuyéndole a esta lo

Todas las imágenes de Él reflejan algo que está vinculado a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y tienen toda la comunicatividad de la que hablaba Santa Margarita María Alacoque.

que veía en aquella. Y mi madre rezaba mucho, pero mucho, también junto a la imagen de la sala de visitas.

Alegría con un fondo de tristeza

La Iglesia del Corazón de Jesús tiene en el techo una pintura que representa la aparición de Nuestro Señor a Santa Margarita María Alacoque. Yo pasé unos treinta o cuarenta años yendo a esa iglesia sin dar una atención especial a esa escena.

En una de las últimas veces que estuve allá, la miré y me di cuenta de algo curioso: al contemplar otrora aquel cuadro, aunque me formase de él una idea objetiva, Nuestra Señora ayudaba a mi espíritu de niño a mitificar, a sublimar el cuadro. Y esa sublimación me hizo mucho bien, porque me hacía sentir la gracia venida del Sagrado Corazón de Jesús a torrentes, sobre todo

Jesús con las manos atadas (acervo particular)



Gabriel K

la gracia con el aspecto de la tristeza. Entonces, aquella frase: “He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres y por ellos fue tan poco amado...” ¿Cómo puede ser que la tristeza adorne tanto el alma de Él, a tal punto que incluso no se comprende que haya belleza de alma si no hay siempre un rincón de tristeza?

Entonces, al contrario del modo de apreciar las cosas hoy en día, viendo una persona enteramente alegre y en la cual no se nota nada de fondo de tristeza, esa persona, para mí, *a priori*, se anuncia como no amiga de la cruz. Ahora bien, para el común de los hombres de hoy, la persona en la cual se nota un poco de tristeza es puesta de lado, porque nadie quiere saber de tristeza. Tienen interés solamente por la alegría, quieren que se sea divertido; y la tristeza es la gran rechazada, porque es rechazada la cruz.

Las cosas más o menos del tiempo de mi madre, y de la generación de su madre, aunque fuesen festivas, a medida que se ahondan en el pasado toman el aire de una tristeza digna, bonita. El *Quadrinho*¹ es la expresión de eso.

Una señora de sociedad, embebida de muchas gracias

Es necesario ver bien un aspecto que existe en Doña Lucilia. Es la sociedad espiritual embebida en la temporal. Porque ella está en su papel de una señora de sociedad y no tiene nada de monja, de religiosa. Sería muy noble si lo fuese. Santa Juana de Chantal, fundadora junto con San Francisco de Sales de una orden femenina, se hizo monja después de viuda. Lucró con eso, fue una gran ventaja.

Pero, Doña Lucilia era una señora de sociedad, embebida enteramente de esas gracias recibidas del Sagrado Corazón de Jesús. De manera que ambas condiciones se per-



Imagen del Sagrado Corazón de Jesús del cuarto de Doña Lucilia

meaban: la de una señora de sociedad y la de un alma dada enteramente a la piedad, a la devoción.

A mi modo de ver, el concepto de señora comenzó a morir con la generación de ella, que todavía usó los atavíos, los arreglos en un grado mínimo que tenían en vista hacer sentir que una dama era señora. En las épocas anteriores eso existía más intensamente; pero en el tiempo en que mi madre vivió todavía existía. Y en las épocas posteriores, la señora comenzó a ser obligada a usar adornos que ya contestaban el señorío, y quedarían mal para Doña Lucilia. De manera que ella no podía caminar en ese rumbo sin desmentirse.

Porque eso era una característica muy marcada en ella: en la medida en que estuviese más cercada de las condiciones y del aparato de una señora, más normal ella estaría.

Un velo simbólico

En aquella fotografía sacada en París, en que mi madre está de pie sosteniendo un velo, quien conoce

las modas y las costumbres del tiempo, ve que todo era de esa época, pero el modo de usarlo, la actitud de ella y, sobre todo, la expresión de la mirada, eran más antiguos que la moda. Ella trasciende la moda, de alguna manera.

Más aún, aquel velo con que ella se hizo fotografiar, curiosamente las señoras no lo usaban. Fue un adorno que ella imaginó para dar lo que pensaba que era enteramente su expresión. Tiene algo de una vaga reminiscencia del estilo antiguo, cuando las señoras, usando vestidos con cola o falda con miriñaque, constituían un ambiente en torno de sí. Aquel velo, que no es de un tejido finísimo, tiene algo que sustituye y todavía prolonga eso: es el ambiente que la señora conlleva en torno de sí.

El velo está muy bien calculado, porque tiene exactamente el tamaño que debe tener, la curva que hace de una mano a la otra es como debe ser. Además, en la fotografía se percibe bien que se trata de un velo, no hay ninguna duda; y el velo es el único tejido que, al ser cargado, podía permitir el gesto leve de la mano, sin dar la impresión de estar cargando un paño pesado.

Las personas tal vez no calculan cómo perdería el cuadro sin el velo, el cual es un símbolo de uno de los aspectos del alma de Doña Lucilia. Creo que ella no tenía una intención explícita, sino que hizo eso intuitiva, instintivamente.

Ella estaba permanentemente meditando

Algunas impresiones causadas por el cuadro lucran al ser explicitadas. Yo innumerables veces, viendo aquello, poco a poco fui explicitando.

Por ejemplo, mi madre era un poco baja, y yo hasta bromeaba con ella a ese respecto. En su tiempo, señoras



bajas como ella eran frecuentes. Pero el fotógrafo, inteligente, la interpretó muy bien y le consiguió un escalón exactamente del tamaño necesario para la estatura, la mirada y el porte de ella.

Con relación a ese fondo que representa la entrada de una ópera, una cosa grandiosa, palaciego sin ser un palacio – es un teatro palaciego, como era la Ópera de París, por ejemplo –, ella está colocada de tal manera que no parece una pose, sino un poco *négligée*, un poco por acaso, pero es el “por acaso” idealmente escogido por el ojo francés para que ella quedase bien como era. Aquel hombre interpretó, inclusive, la virtud de ella muy bien.

Mi madre estaba permanentemente meditando, con el espíritu puesto en una clave determinada, que tenía mucho que ver con el Sagrado Corazón de Jesús. Ella no decía, ni sabía decirlo, sin embargo, eso se irradiaba de toda su persona y le daba aquella dulzura discreta de personalidad, pero también una profundidad que, por ejemplo, el *Ancien Régime* no comportaba y detestaba.

En el ambiente de la Edad Media, mucho más serio, podríamos imaginarla mejor, pues allí ella casi que estaría *in sede propria*. Eso porque el romanticismo sentimental de su tiempo – no considerado en cuanto filosofía, sino como un capítulo de la historia de las almas –, que la marcó de algún modo, tenía en algunos aspectos una seriedad, que es la de ella, y representa el aspecto gótico del romanticismo. Había vetas buenas del romanticismo y estas tenían algo de “goticizante”. Así, podríamos imaginarla en la Catedral de *Notre Dame* rezando: ella estaría enteramente a gusto.

El tono de su voz podría ser comparado a un órgano

Sin embargo, en esa fotografía en París todo eso va muy bien con ella, porque, propiamente es la fotografía de su tiempo y donde ella era aquello. O entonces, en otra foto, en la cual ella está sentada en un banco de madera, pensando. Ella está tan bien expresada allí, que tendríamos dificultad en ima-

ginarla vestida con otros trajes que llegó a vestir. Porque tuvo que hacer una adaptación. Ella no podía, por ejemplo, ir al dentista, vestida como está en esa fotografía. Pero era una adaptación de tal forma que ella como que ignoraba la ropa que estaba vistiendo.

No obstante, en aquellas fotografías ella no la ignoraba: percibía la armonía con ella y se sentía bien. Con relación a los vestidos más recientes, ella los ignoraba y prolongaba el estado de espíritu con que ella está incluso en el *Quadrinho*. Ese era su modo de ser.

Mi madre hablaba del Sagrado Corazón de Jesús sin describirlo, propiamente. Pero en el modo de ella decir: “Recé al Sagrado Corazón de Jesús”, o “Estaba muy afligida, me dirigí a Él”, en eso entraba implícitamente una descripción de Él.

Sería necesario haber oído su voz para entender bien. Mi madre no hablaba alto, pero tenía un aterciopeado en la voz tan sonoro, tan suave, que hasta cierto punto podía ser comparado a un armonio o un órgano. No es decir que fuese una voz de un tim-

Cuando ella estaba alegre, era una luz suave, envolvente; cuando tomaba la cosa muy en serio y estaba impresionada, la mirada adquiría una tonalidad de un oscuro cargado, bien definido.



bre propio a una cantora, nunca. Tenía cierta musicalidad, no de artista, sino psicológica. El timbre de voz era agradable, sin ser extraordinario, con algo de psicológico que expresaba tan bien todo cuanto ella sentía.

La luminosidad de su mirada

Eso se hacía notar en el timbre de voz, en la impostación y hasta en el portugués utilizado por ella. No era un portugués adornado; eran palabras de la vida corriente, pero sin ningún error. Frases de una construcción muy simple, aunque enteramente correctas, y un vocabulario fácil. Inclusive en el estado de semi lucidez al final de su vida, ninguna vez la vi a la procura de una palabra. Aquello salía con naturalidad. Pero ella no se apresuraba para contar, no corría y no amarraba, iba lentamente. Era una velocidad exactamente adecuada a lo que convenía.

En el modo afable de tratar a las personas, ella era muy amable. Sin embargo, conservaba una actitud por donde no era posible faltarle al

respeto. Ni le pasaba por la mente a alguien faltarle al respeto.

Su mirada era aterciopelada, de un café muy oscuro, que tomaba una luminosidad conforme al grado de intensidad con que ella quería caracterizar, marcar lo que decía. Cuando estaba alegre, era una luz suave, envolvente; cuando tomaba la cosa muy en serio y estaba impresionada, la mirada adquiría una tonalidad de un oscuro cargado, bien definido.

Al pasar la mirada de una cosa a otra, lo hacía con un movimiento tan temperante que se parecía a sus pasos: un caminar un tanto rápido, pero a pesar de eso muy acompasado.

Un rayo de sol incide sobre la cruz hecha de flores

A este respecto me conmovió un episodio que ocurrió con ocasión de la Misa de séptimo día del fallecimiento de mi madre. Cuando ella murió, le pedí a Nuestra Señora que me diese la certeza de que ella había salido del Purgatorio. Porque, evidentemente,

me atormentaba mucho la idea de que ella pudiese estar sufriendo.

Y cuando sucedió el hecho de aquel rayo de luz que incidió sobre las orquídeas que adornaban el centro de una cruz hecha de flores, el modo por el cual el rayo de luz, de repente, se movió y salió, era como si ella saliese de mi campo visual con aquella ligereza. Pero era el paso ligero y al mismo tiempo calmado de ella, no de pasitos vulgares. Era el paso de una conciencia leve. Podía cargar algún peso, pero no era el del pecado, ni de la rabia, del odio, de la envidia, esas amarguras así por el estilo.

La luz creció en intensidad mientras incidía sobre la cruz. De manera que, en cierto momento aquellas flores quedaron cargadas de tal intensidad luminosa, que las orquídeas parecían estar iluminadas por dentro. Y fue lentamente desvaneciéndose, con una suavidad que mi madre ponía en sus transiciones. Después salió “andando”.

No creo que se pueda hablar de milagro, pero fue un fenómeno donde lo sobrenatural estaba patente. Fue claramente una señal. A propósito, el pedido que hice a Nuestra Señora fue propiamente el siguiente: “Yo tengo conciencia de haber sido para ella un muy buen hijo. Así, invoco mi condición de buen hijo para pedirnos que me deis una señal de que ella no está en el Purgatorio. En nombre del buen hijo que fui, lo cual sé que Vos apreciabais, os pido eso.”

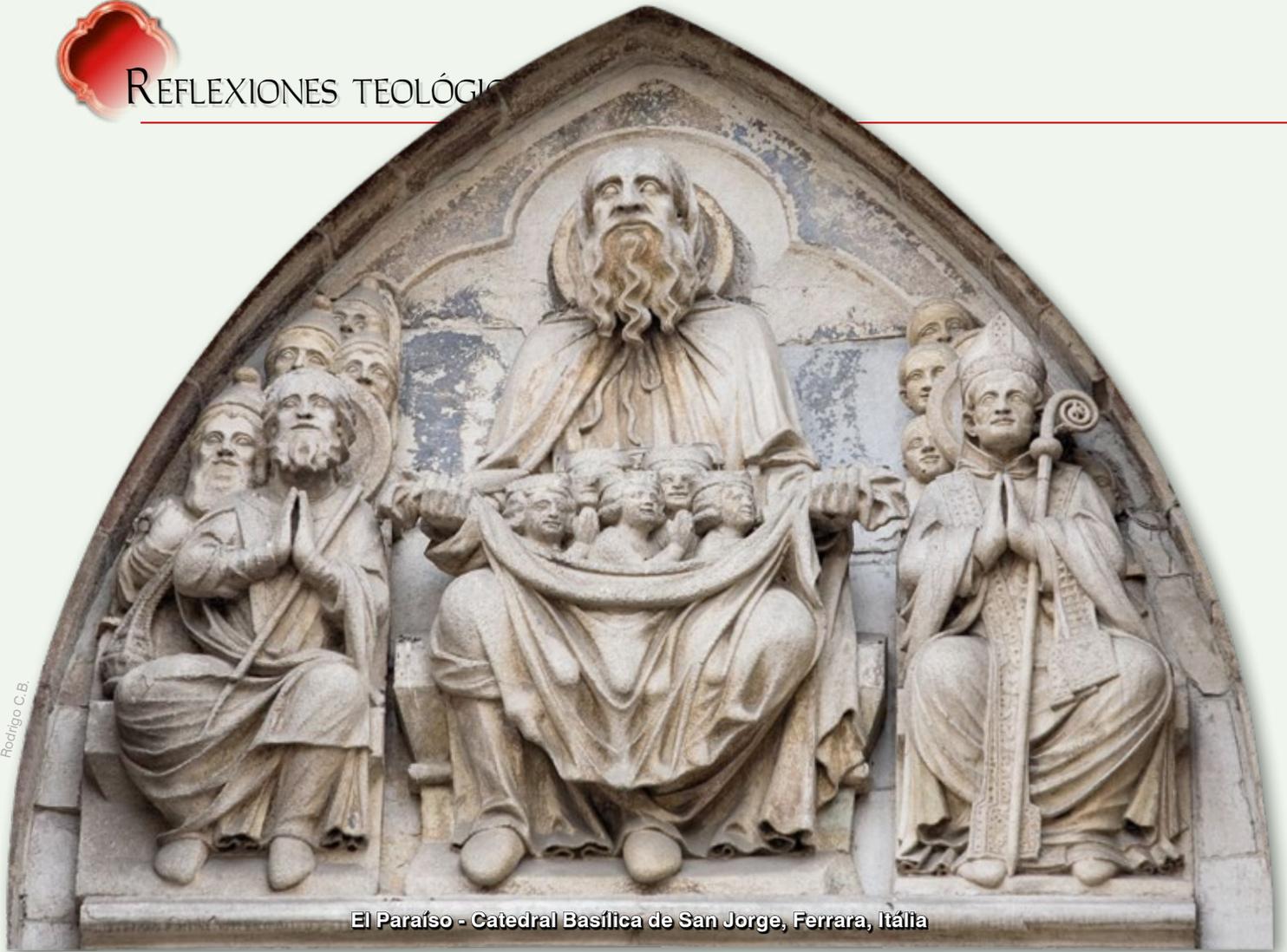
Como aquel rayo, por así decir, se perdió dentro de la pared, así también Doña Lucilia partió. Pero de un modo tan característico suyo, que era un último cariño. ❖

*(Extraído de conferencia de
15/4/1989)*

1) En portugués: Cuadrado. Cuadro a óleo que agradó mucho al Dr. Plinio, pintado por uno de sus discípulos con base en las últimas fotografías de Doña Lucilia.



Archivo Revista



El Paraíso - Catedral Basílica de San Jorge, Ferrara, Italia

Consideraciones sobre la visión beatífica

El hombre fue creado para la visión beatífica. Si tuviéramos bien presente que nuestro fin, nuestra única y verdadera razón de ser, es contemplar a Dios cara a cara por toda la eternidad, enfrentaríamos todo con mucha más seriedad. Todas nuestras acciones, aun cuando moralmente neutras, nos pueden aproximar o distanciar de Dios, según la forma que las practiquemos. La Doctrina Católica hace de la vida una preparación para la eternidad y desea que las almas en la tierra se ejerciten en aquello que harán en el cielo.

Trataremos de algunos temas que nos pueden ayudar para una impostación de alma contrarrevolucionaria.

Cada acción del hombre acarrea consecuencias enormes, en la presencia de Dios

En primer lugar, mostraremos cómo en la vida todo es serio, grave y, por tanto, cómo debemos abandonar la tendencia moderna hacia la irresponsabilidad, la irreflexión, la improvisación, y comprender que cada acción nuestra, por pequeña que sea, acarrea para nosotros consecuencias enormes en el orden verdadero y profundo de los hechos, o sea, en la presencia de Dios. Todo lo que hacemos se realiza en la presencia de Dios, en referencia a Él y por eso, toma una gravedad, una importancia sin límites.

La visión beatífica nos ayuda a eso porque si tuviésemos bien presente que nuestro fin, nuestra única y verdadera razón de ser, es contemplar Dios cara a cara por toda la eternidad, veríamos todo con mucha más seriedad.

Para explicar el concepto de eternidad, se acostumbra a dar en cursos de catecismo una feliz comparación. To-

men una piedra bien dura, un granito, por ejemplo. En tesis, si alguien roza el granito con el dedo, una ínfima partícula se puede desprender y muy probablemente se desprenda, por pequeña que sea. Entonces, imaginen una golondrina pasando por el Pan de Azúcar de mil en mil años y rozando apenas con la punta del pico aquella montaña. ¿Cuánto tiempo llevaría para demolerla? ¡Imposible calcular! Pues bien, cuando la golondrina haya acabado de destruir el Pan de Azúcar, sería como si la eternidad estuviera comenzando.

Así entendemos mejor cómo es serio y grave aquello que puede aproximarnos o apartarnos de esa visión beatífica. Ahora, generalmente todo nos aparta o nos aproxima de ella. Porque todas las acciones, aunque sean moralmente neutras, según el orden con que el hombre las practique, pueden aproximarlo o distanciarlo de Dios.

Ejemplifiquemos con la actitud más común del mundo: un hombre está viajando en bus y abre una ventana. En sí abrir o cerrar la ventana es una acción moralmente indiferente. Si el bus va a toda velocidad y el individuo goza razonablemente del impacto del viento, sería una acción buena. No es intrínsecamente buena, pero cuando la hizo, por el modo que la practicó, etc., es ordenada. Está ordenada a su naturaleza. Una vez que está paseando, viviendo, el hombre hizo eso y aprovecha ese deleite. Está bien, sobre todo si se acuerda de dar gracias a Dios que, como decía San Francisco de Asís, creó “nuestro hermano aire” tan deleitable y agradable. Ahí la acción resulta mejor, entró un elemento positivo, una oración a respecto de la acción.

Pero si, por ejemplo, saca la cabeza por la embriaguez de la velocidad – veremos esto más adelante –, produce un mal efecto en su alma. Y esa embriaguez de la velocidad puede distanciarlo del fin último que es Dios.

Dos influencias opuestas: Europa y Hollywood

He hablado muchas veces a respecto del choque de influencias que se produjo, entre los años 1920 y 1930, en Brasil, entre la permanencia de las tradiciones y de las relaciones con Europa, y la llegada de la influencia hollywoodiana.

El Brasil de aquel tiempo recibía las grandes aguas de la tradición europea y la catarata, reciente en aquel entonces, de la influencia de Hollywood, las dos cosas llegaban juntas.

Una de las características que diferenciaba la influencia norteamericana de la europea era que Europa tenía un pasado recubierto por una cultura casi bimilenaria; en algún sentido más que bimilenaria si nos remontamos hasta los romanos y griegos, cuyas culturas, de una u otra manera, fueron santificadas después por la Iglesia Católica, dando en la Edad Media.

Entraron en esos siglos de estudio, de reflexión, y las personas tomaron el hábito de leer, de pensar, de estudiar, en los ritmos de la vida antigua.

Era una vida en que el hombre no tenía instrumentos de acción para actuar de prisa, como dispone hoy en día. Como resultado, el transcurrir de la vida humana era mucho más lento, mucho más tranquilo y lleno de intervalos.

Me acuerdo de que mi bisabuelo¹, siendo diputado del Parlamento



Bernard DUPONT (CC3.0)



Tomas T.



del Imperio, llevaba un mes para ir de São Paulo a Rio de Janeiro para poseionarse en el Parlamento. No sé si iba también haciendo un poco de propaganda electoral, pero el hecho es que el viaje era así.

Partían familias enteras de São Paulo para Rio de Janeiro, en verdaderas caravanas; cuando llegaban cerca de la ciudad de Rio, la caravana paraba, las señoras se arreglaban en las literas, los hombres se preparaban para entrar en la Corte, como llamaban antiguamente a la capital del Imperio.

Imaginen un diputado saliendo de São Paulo el día primero de enero para llegar a Rio, a la Corte del Imperio, el día primero de febrero. Un intervalo enorme en que no recibía noticias casi no tiene como mandar noticias; ¡Se pone a pensar en el viaje, en el camino, en una porción de cosas! Quiérase o no, resulta una vida reflexiva. Las reflexiones pueden ser buenas o no, es otra cuestión; pero reflexionaba.

Un pequeño hecho de la vida de Talleyrand

Hace algún tiempo leí la narración de la siguiente escena, en un libro sobre Talleyrand². Él tenía una sobrina con la cual vivía en la embajada francesa, en Viena. Iba a hacer en el Congreso de Viena, una jugada diplomática extremadamente importante, también del interés de su sobrina. Entonces, acordó con ella lo siguiente:

– Cuando usted oiga el ruido de mi carruaje por la calle – ¡vean qué calle tranquila para poder distinguir el ruido del carruaje de Talleyrand! – vaya a la ventana o a la puerta de la embajada y observe: si yo estoy con un pañuelo en la mano, será la señal de que todo salió bien; si no aparece el pañuelo, quiere decir que no dio en nada.



Dr. Gabriel José Rodrigues dos Santos

Lo que hoy se resolvería con una llamada telefónica, en aquel entonces demoraba el tiempo necesario para terminar la sesión del Congreso, despedirse de todo el mundo, bajar la escalinata ayudado por alguien – era cojo –, entrar en la carroza siguiendo todo un ceremonial: un lacayo abría la puerta, bajaba una escalera, Talleyrand subía, se sentaba, después se sentaba el secretario, se cerraba la puerta, el cochero subía al estribo, los otros dos lacayos, de libré, subían atrás, y sólo entonces los caballos comenzaban a jalar el carro por las calzadas de Viena; y Talleyrand allá iba sacudiéndose hasta la embajada francesa. Ahora, en nuestros días, mucho antes de que pasara todo esto, con una llamada del secretario a la sobrina, se habría enterado del resultado.

Noten cuánto demoraba en llegar una noticia dentro de la propia ciudad. Era tal la ansiedad de la sobrina que, a poca distancia, un pañuelo podría abreviar la espera; pero hay que

aguardar. Mientras espera, necesita pensar en otra cosa porque la persona se cansa de conjeturar. Había tiempo para pensar en algunos asuntos y reflexionar a respecto de varias cuestiones. Es natural.

Así se forma un estilo de vida, del que la gente de hoy ya no se hace idea. Porque la prisa impregnó la existencia y transfirió a la vida otros valores, otros ritmos en los cuales la reflexión no entra.

Si fuese hoy la escena descrita arriba, Talleyrand le diría a su sobrina:

– Mando a mi secretario que la llame por teléfono tan pronto se cierre la sesión. Usted. aprovecha y llama desde ahí al Ministerio de Relaciones Exteriores en París y a nuestras embajadas en Roma, Berlín, Londres, Madrid, Lisboa, y después a Washington, contando lo que hubo. Cuando llegue a casa quiero saber las reacciones de todos esos Ministerios.

Ella era una mujer inteligentísima y resolvería bien la incumbencia. Él llegaría jadeando: – ¿Qué dijo el Ministro de Relaciones Exteriores? ¿Está bien lo que conseguí o no? ¿Cuál fue la repercusión en Washington? ¿Y en Londres?

¿Qué tiempo tuvo para pensar? En las sacudidas del carruaje entraba la reflexión.

El correcorre quita el hábito de pensar

Si tomamos los cuadros representando las personas antiguamente, veremos como todas tienen fisonomía de quien está reflexionando. Porque la reflexión era la expresión fisonómica habitual, pues había tiempo para eso.

Ya en las fotografías de personas sacadas en las vísperas de la Primera Guerra Mundial hacia acá, las fi-

sonomías son cada vez más irreflexivas, las fotografías son instantáneas, puesto que el individuo ya no sabe posar, porque para eso es necesario meditar un poco. Lo instantáneo es el recuerdo que deja tras sí el hombre del correr. Es forzoso.

Antes de los años 20, la vida era tal que en las casas de la burguesía media y a veces menos – por tanto, *a fortiori*, en las clases más altas –, los cuartos de dormir eran espaciosos, principalmente los de las señoras; en general tenían más de lo necesario para dormir, un mobiliario sumario. Podía ser, por ejemplo, un sofá y algunas sillas, porque las conversaciones más reservadas se tenían en el cuarto de dormir. Se iba para lo más íntimo de la casa y se conversaba allí.

A veces, la persona se recogía en el cuarto durante el día para pensar un poco. No se acostaba en la cama, porque eso era sólo cuando se está enfermo o para dormir en la noche, fuera de eso no. Entonces, se recostaba en el sofá y se quedaba pensando, aislada de todo el mundo.

Con el correr, que es muy perjudicial porque quita el hábito de pensar, viene otra circunstancia bastante nociva: es la convicción de que, para el hombre o la mujer, el joven o la señorita y hasta el niño, para llevar una vida digna de ese nombre, debe hacer todo lo que sea posible y pensar poco, porque pensar es perder tiempo. Por tanto, es necesario hacer, hacer, hacer, cuanto más haga mejor. El individuo tiene una especie de embriaguez de hacer, porque juzga que pensando se desperdicia el tiempo.

Entonces, aquí tenemos el desprecio o por lo menos el menosprecio de la reflexión, impuesto por la prensa.

Esto lleva a lo contrario de lo que quiere la Doctrina Católica, pues esta hace de la vida una preparación para la eterni-

dad y desea que las almas en la tierra se ejerciten en aquello que harán en el Cielo.

El hombre fue hecho para la beatitud celestial

Según Santo Tomás de Aquino, el hombre fue hecho para la beatitud celestial, con el fin de conocer a Dios eternamente – eso es reflexionar –, y para practicar no apenas un acto de conocimiento, sino de amor continuo y eterno.

En esta tierra, dice, el hombre tiene en germen la beatitud primaria, que es contemplar, como algo que participa de la visión beatífica – el bautismo nos confiere un comienzo de la visión beatífica. Cuando el hombre medita sobre la acción – si está ordenado a Dios –, posee una especie de contemplación secundaria, que tiene como fin la beatitud, o sea, el conocimiento de Dios³.

¡Cómo eso es diferente de la vida del correr! Y cómo la existencia regular, pausada, con interrupciones que dan la posibilidad de pensar, es diferente y más apropiada que la vida de hoy, en que la parte principal de la contemplación es esta tierra, que no sólo termina, sino que deja al hombre incapaz de contemplar. Aquí está lo peor: la manía de la velocidad inca-

pacita al hombre para la contemplación y lo vicia en el actuar, como otro puede viciarse en drogas.

Es importante mostrar cómo esa influencia está en contra de lo que la Iglesia quiere de nosotros. Por eso pretendo aprovechar algunas reflexiones de Santo Tomás de Aquino sobre la visión beatífica, no sólo para considerar la enorme gravedad de las cosas, sino también cómo la Doctrina Católica rechaza la idolatría de la prisa, adherida a tantas personas.

Superioridad de los placeres del alma con relación a los del cuerpo

En el Tratado de la Bienaventuranza, de la Suma Teológica (*Cf. I-II, q. 3, a. 1*), Santo Tomás pregunta si la beatitud es algo creado. Explica que el fin último del hombre tiene dos acepciones: una es la bienaventuranza en cuanto siendo el propio Dios, en este sentido es increada. La otra es el acto por el cual el hombre disfruta de la visión de Dios; en esta acepción ella es creada.

Entonces, la visión beatífica es, en este sentido de la palabra, la eterna práctica de una acción por la que el hombre ve y ama a Aquel por el cual nació para verlo y amarlo.

Más adelante (*Cf. I-II, q. 3, a. 3*), Santo Tomás pregunta si los sentidos



Litera portuguesa
Museo Nacional de los
Coches, Lisboa, Portugal



del hombre tienen alguna alegría con la visión beatífica. Y resuelve con la misma simplicidad, mostrando que los sentidos no pueden conocer a Dios, porque son hechos para conocer la materia. Ahora, Dios no es materia.

Sin embargo, considera que el hombre forma un todo con la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad. Así, aunque los sentidos no puedan conocer directamente a Dios, la alegría que el alma tiene en la visión beatífica repercute en los sentidos y los hace mucho más rectos, perceptivos y capaces de alegrarse en su ámbito propio.

El Doctor Angélico remite entonces a lo que dice sobre la resurrección (*Cf. Supl. q. 82*). El hombre resucitado, cuya alma ve a Dios, se encuentra en un espléndido estado; por encima de la magnificencia de su reconstitución, está inundado por los efectos benéficos del alma que ve a Dios.

Con la claridad y simplicidad propias de los racionios de Santo Tomás, tenemos un ejemplo minúsculo de la superioridad de los placeres del alma sobre los del cuerpo, y cómo aquellos influyen sobre este. Basta pensar cómo esos racionios pueden hacer bien al cuerpo de un filósofo que tiene algún problema al res-

pecto y no sabe resolver. Al leer esas consideraciones en la Suma Teológica, se llenaría de una alegría espiritual que podría aliviarse, por ejemplo, de una jaqueca.

Percibimos, por consiguiente, la maldad presente en tantas cosas de la civilización moderna. Por ejemplo, la televisión, absorbiendo continuamente los sentidos, monopoliza la atención y le impide volverse hacia cosas de esas. Resultado: la persona se vuelve incapaz de deleitarse con esta superior forma de alegría que el alma siente al considerar las cosas de la inteligencia, o sea, de la contemplación.

Vemos así, cómo la Revolución miente dando a entender que el placer está en la lubricidad, en la impureza, en la prisa. Es el gusto de destruir, de envilecer, de hacerse *hippie*. Mientras la Iglesia lleva al hombre a ser Ángel, la Revolución lo lleva a ser *hippie*.

Inteligencia especulativa e inteligencia práctica

Otra pregunta puesta por Santo Tomás: si la beatitud, vista en cuanto acto del hombre, es una operación de la inteligencia especulativa o de la inteligencia práctica (*Cf. I-II, q. 3, a. 5*).

“Especulativa” viene de *speculum*, que significa espejo, en latín. La inteligencia especulativa es aquella que se coloca delante de la realidad y la absorbe hacia su interior, como el espejo que recibe la imagen. Por esta razón es apropiado referirse al reflejo del espejo o a la reflexión del hombre. Noten la proximidad de las dos palabras.

La inteligencia práctica es aquella que, hecha la reflexión, actúa para que las cosas se ordenen como deben ser. Entonces, si veo en el Cielo un fenómeno cualquiera que me agrada, por ejemplo, un eclipse, mi inteligencia especulativa lo asimila y yo pienso sobre aquello. La inteligencia práctica me hace tomar la deliberación de acompañar los períodos de la luna, para que cuando haya otro eclipse pueda verlo de nuevo. Para eso, deberé adoptar una serie de actos que tiendan a este fin.

Se ve, por tanto, que es evidente que la beatitud es una operación de la inteligencia especulativa, y la persona ni llega a comprender bien cómo es que Santo Tomás quiere pruebas de eso.

Ahora, esta sería la objeción de un perezoso. El hombre que no tiene pereza de pensar trata de expresar en silogismos, en racionios, todo lo que pueda ser expresado. Aunque sea evidente, teniendo una prueba, el pensador se alegra.

Alguien diría: “¿Usted no vive elogiando la intuición?”

Sí, porque la intuición libra al hombre de aquella miopía que permite ver solamente lo que el largo racionio señala. Pero a un espíritu bien construido, después de tener por la intuición una visión panorámica, le gusta recorrer, paso a paso, como un león dominador, el camino que sobrevoló como un águila.

Consideremos pues, las razones que da Santo Tomás, de las cuales cuelgan como estalactitas, conclusiones fecundas para nosotros.

Él dice que el objetivo de la razón práctica es disponer de los medios para



J.P. Ramos

el fin. Ahora, quien ve directamente el fin no necesita de razón práctica, apenas especula. Además, la actividad más alta de la inteligencia es conocer el Sumo Bien, que es por su naturaleza una suma contemplación. Luego, la visión beatífica es una suma contemplación.

Por la pura contemplación el hombre se aproxima a los ángeles, porque el ángel es puro espíritu y contempla. Por la mera razón práctica el hombre se aproxima al animal, porque el animal, sin haber contemplado nada, por su instinto dispone de las cosas de acuerdo con sus fines.

Para conocer un ser, debemos valorar aquello que tiene de excelente

Tenemos en la naturaleza ejemplos elocuentes: el nido de un pájaro brasileño – no sé si existe en otros países –, llamado juandebarro, que hace una pequeña casa de barro con un corredor medio torcido, hasta el fondo donde vive. Sólo falta que se ponga un sofá...

Cuando niño tuve ocasión de observar nidos muy bien contruidos, de materiales que los pájaros recogen en cualquier parte. Haciendo con eso un tejido que da la impresión de haber sido planeado por un ingeniero, de tan flamantes que son.

Nunca subí a un árbol para romper la casa de un juandebarro y ver cómo es por dentro, pero se nota que es hecha con una perfección conducida por el instinto. Es la buena disposición de las cosas según un determinado fin, sin embargo, realizada por un ave incapaz de contemplar.

El Doctor Angélico cita un principio de Aristóteles que ordena magníficamente el espíritu: “Cada ser es valorado, sobre todo, por lo que tiene de excelente” (Cf. *Ethic.*, 1.9, c.8, n.6). O sea, si yo quiero conocer bien a fondo un ser, debo apreciar lo que tiene de excelente. Y a partir de ahí explico todo el resto.



San Francisco de Asís (por Zurbarán) – Monasterio de San José, Ávila, España

Esto no quiere decir en términos concretos, que al conocer un hombre debo imaginar que es excelente. Hay otra regla de psicología: para saber cómo es cierto individuo en determinado momento, debo apreciar lo mejor que su naturaleza tenga; y en cierto sentido, lo que podría llegar a ser si fuera excelente. De ahí calculo la diferencia con relación a cómo es ahora; y deduzco en qué debo amarlo y en qué punto necesito ser precavido con él. El primer vuelo es para aquello que podría tener de mejor, después viene el resto.

Pero esto se da sobre todo considerando la naturaleza del ser en cuestión: ser hombre es una gran cosa por tales razones; ser pez es algo menor por tales otras razones, pero es óptimo en cierto punto...

“Cántico de los arquetipos”

Aquel himno de San Francisco a las criaturas – al hermano Sol, a la hermana Luna, etc. – habla exactamente de eso: considera diversos seres, si bien materiales, en lo que tiene de mejor y forma un arquetipo de cada ser. Este himno se podría llamar el “cántico de los arquetipos”. No hay

quien lo lea sin ver el arquetipo de las criaturas ahí mencionadas.

Después de leer este himno y ver que tal mar está contaminado por materias arrojadas por navíos que pasan, corta el corazón.

Nunca me olvidaré de una ocasión en que, estando en Santos, noté que había en el mar una gran mancha de petróleo. Pero lo que hacía la escena aún más horrorosa era un enorme racimo de bananos verdes flotando en medio de aquellos residuos. Me chocaba ver aquellas frutas verdes que deberían madurar, por lo tanto, algo vivo, hecho para crecer, reducido en su vitalidad y destinado a la muerte antes de desarrollarse, en medio de las basuras, del agua sucia, de un mar grandioso, pero espurio.

¿Cómo llegué a sentir ese horror por aquellos bananos verdes? Porque tenía presente la excelencia del banano cuando está maduro y deduje el horror existente en esa especie de freno al reventón vegetal del banano, y del deterioro de un proceso bello, que queda aplastado y liquidado en medio de la porquería. Hay en eso una inversión que es horrorosa.



¿Cómo conocí ese horror? A partir del conocimiento de lo excelente que hay en el banano. Ese punto de partida nos lleva exactamente a la perspicacia hacia lo pésimo. No es ingenuidad, eso lleva a la sagacidad.

La Fe nos hace más inteligentes

Para concluir estas reflexiones, levanto una cuestión: Todo esto es pensamiento; sin embargo, ¿es “ploc-ploc”⁴? ¿Cuál es la diferencia entre lo “ploc-ploc” y el verdadero pensamiento?

Tomemos la contemplación puramente especulativa y juntémosle la contemplación de segundo grado, de carácter práctico, y tendremos lo no “ploc-ploc”.

El hombre verdaderamente no “ploc-ploc” es aquel que, colocado delante de cualquier cosa concreta, sabe antes que nada verla, conocerla. Él pone atención paulatinamente en lo que sus sentidos le muestran; se pone el lente para ver con sus propios ojos, el estetoscopio para auscultar con sus oídos, pues quiere co-

nocer con cuidado la información de los sentidos, con alegría, con encanto. Después raciocina, forma principios y tiene facilidad de pasar del principio a la cosa concreta y de esta al principio, con la naturalidad con que un rayo sale del sol y llega a la tierra. O sea, el rayo llega a la tierra sin prisa, sin fatiga, sin ansiedad, no se atrasa ni se adelanta. Cuando llega a una superficie cualquiera, llega sin pereza ni correcorre. El atraviesa no sé qué distancias, llega allí, se detiene y brilla.

Así debe ser el pensador: pasa de la especulación teórica para la práctica, de la práctica para la doctrinaria.

Dios no es una idea, sino el Ser vivo por excelencia. No somos, por tanto, adoradores ni seguidores de una simple idea.

Así se entiende el cielo, con la visión de Dios cara a cara, unida al conocimiento del cielo empíreo y de todas las maravillas de la creación a través de los sentidos. ¡Cómo todo es equilibrado y maravilloso! ¡Cómo ser católico eleva el alma!

Yo sustento que la Fe nos vuelve más inteligentes. Raciocinar esas cosas hace con que la inteligencia crezca. Ojalá sea para conocer más a Dios, Nuestro Señor Jesus Cristo, Nuestra Señora, la Santa Iglesia Católica y la Contra-Revolución. ❖

(Extraído de conferencia de 30/1/1981)

- 1) Dr. Gabriel José Rodrigues dos Santos.
- 2) Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (*1754 - †1838). Obispo, político y diplomático francés.
- 3) Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*. II-II, q. 180, a. 4.
- 4) Expresión onomatopéyica creada por Dr. Plinio para designar el defecto de ciertas personas que, carentes de intuición, disminuyen la importancia de los símbolos y niegan el valor de la acción de presencia. Quieren explicar todo por raciocinios desarrollados de modo lento y pesado, a manera de un pesado ladrillo que, al ser girado sobre el suelo, emite el ruido “ploc-ploc”.



Dr. Plinio en 1981

Refulgente destructor de las herejías

San Alberto Magno resplandeció como intelectual, contemplativo y hombre de acción, pues colocó por encima de todo la vida interior. Mereció así este elogio expresado en un vitral de la iglesia de los dominicos de la ciudad de Colonia: “Este santuario fue construido por el obispo Alberto, flor de los filósofos y de los sabios, modelo de costumbres, refulgente destructor de las herejías y flagelo de los malos.”

Con respecto a San Alberto Magno, tenemos una biografía muy interesante¹ sobre la cual pretendo tejer algunos comentarios.

Santo Tomás de Aquino: el más ilustre de sus discípulos

Alberto, el Grande, nació cerca de 1206 en Laurigen, Baviera. Después de una educación cuidadosa recibida

en su infancia, fue a estudiar Derecho a Padua. Allí encontró al Bienaventurado Giordano, maestro general de los Hermanos Predicadores, cuyos consejos lo llevaron a entrar en la familia dominica.

Rápidamente se hizo notar por su devoción tierna y filial a Nuestra Señora, y por la fidelidad de su observancia monástica. Enviado a Colonia para completar sus estudios, era



tan aplicado que parecía haber penetrado todas las ciencias humanas, más que ninguno de sus contemporáneos.

Juzgado digno de enseñar, fue nombrado profesor en Hildesheim, Friburgo, Ratisbona, Estrasburgo, y finalmente en la Universidad de París, donde demostró el acuerdo existente entre la fe y la razón, las ciencias profanas y las ciencias sagradas. El más ilustre de sus discípulos fue Santo Tomás de Aquino, que lo sucedería en la Sorbonne.

San Alberto Magno
Iglesia de Santo Domingo,
Granada,
España

Flávio Lourenço

Poderoso intelectual, gran contemplativo y hombre de acción

Volvió a Colonia para dirigir los Capítulos Generales de su Orden, fue nombrado Provincial en Alemania y después Obispo de Ratisbona. Allí se dedicó a su rebaño y conservó sus hábitos de simplicidad religiosa. Pero renunció tres años después, en 1262. Desde entonces ejerció el ministerio de la predicación, actuó como árbitro

y pacificador de príncipes y de obispos, asistió al II Concilio de Lyon y murió en 1280.

Por decreto del 16 de diciembre de 1931, Pío XII lo inscribió en el número de los santos y lo nombró Doctor de la Iglesia Universal.

En un vitral de la iglesia de los dominicos de Colonia se podían leer, a partir del año 1300, las siguientes palabras: “Este santuario fue construido por el Obispo Alberto, flor de los filósofos y de los sabios, modelo de buenas costumbres, destructor refulgente de las herejías y flagelo de los malos. Ponnedlo, Señor, en el número de vuestros santos.”

Tenía por naturaleza, según se dice, el instinto de las cosas grandes. Así como Salomón, imploró el don de la sabiduría, que une íntimamente el hombre a Dios, dilata las almas y eleva el espíritu de los fieles. Y la sabiduría le comunicó el secreto de unir una vida intelectual intensa, una vida interior profunda y una vida apostólica de las más fructíferas, porque fue al mismo tiempo el iniciador de un poderoso movimiento intelectual, un gran contemplativo y un hombre de acción.

Lo esencial es la vida interior

La línea general de la vida de San Alberto Magno está bien expresada cuando se dice que brilló al mismo tiempo en esos tres dones. En esas condiciones, él se manifiesta como una de las grandes figuras de la Edad Media que construyeron y consolidaron esa era histórica, a quien Dios dio gracias para sobresalir en todas las cosas, de tal forma que, si él hubiese hecho solo una de ellas – por ejemplo, hubiese sido simplemente el intelectual que fue –, ya sería un hombre inmortal.

Además de intelectual, fue un gran religioso y un gran contemplativo. Y, como santo, también solo por eso tendría la inmortalidad. Por otro lado, apenas como modelo de obis-



Pedro Moraes

Reliquias de San Alberto Magno – Iglesia de San Andrés, Colonia, Alemania

po tendría también una fama durable en su patria.

¿Por qué la Providencia establece la conjugación entre esos tres dones, y hace que algunos hombres brillen en esos campos al mismo tiempo? Es para dar a entender la siguiente verdad: el hombre debe ser, primero, de vida interior, y después las otras cosas. Y cuando él escoge ser ante todo un hombre de vida interior, él pone de hecho la más importante de las condiciones para, en los otros campos, ser lo que debería ser.

San Alberto Magno fue mucho más grande como intelectual porque tenía vida interior. De tal manera que, si él quisiese ser simplemente un gran intelectual por la mera ambición de cultura, él se beneficiaba al continuar la vida interior. Si deseara ser apenas un hombre de acción por la mera ventaja de serlo, él debería cultivar la vida interior. Porque la vida interior verdadera y plena, hace que el hombre ejecute la voluntad de Dios con toda perfección y da al alma recursos que son, en parte, la plenitud de sus recursos naturales y, por otro lado, carismas y dones que le hacen centuplicar sus posibilidades. De manera que él se hizo mucho más grande en las otras actividades porque supo ser grande justamente en ese elemento esencial.

Eso me hace recordar un dicho de Don Chautard – el famoso autor de *El alma de todo apostolado* – a Clemenceau, político francés anticlerical. Éste, sabiendo que Don Chautard estaba envuelto en mil actividades, le preguntó lo siguiente:

– ¿Cómo consigue usted llevar a cabo tantas actividades en un día de 24 horas?

Respondió Don Chautard:

– El secreto es que, además de hacer todo lo que hago, rezo el Rosario. Entonces, acrecentando esa ocupación, hay tiempo para todas las otras.

Es una paradoja, porque acrecentando debería disminuir el tiempo. Pero en eso que parece una broma,



Aparición de San Pablo a San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, Museo de Bellas Artes, Salamanca, España

hay una verdad profunda: si damos a Dios todo el tiempo que debemos dar, dedicándonos a la vida interior, la Divina Providencia velará por nosotros y tendremos tiempo para todo. Esa es la gran verdad que se desprende de la vida de San Alberto Magno.

Un elogio que desapareció completamente

Me gustaría analizar rápidamente ese lindo elogio hecho a él, escrito en el vitral de la iglesia de los dominicos de Colonia:

Este santuario fue construido por el Obispo Alberto, flor de los filósofos y de los sabios, modelo de buenas costumbres...

Cosas positivas, constructivas.

...destructor refulgente de las herejías y flagelo de los malos.

¿Cuándo se elogia hoy en día a alguien por ser un destructor refulgente de las herejías o flagelo de los malos? Verdaderamente es increíble el grado de decadencia en que estamos, hasta tal punto que ese elogio desapareció completamente... ❖

(Extraído de conferencia de 14/11/1966)

1) No disponemos de los datos bibliográficos de la obra citada.

SANTORAL



1. Solemnidad de todos los Santos

Beato Teodoro Jorge Romza, obispo y mártir (†1947). Obispo de la Eparquía Greco-católica de Mukachevo, Ucrania, fue víctima de un atentado y posteriormente envenenado por mantener su fidelidad a la Iglesia en tiempos de prohibición de la Fe.

2. Conmemoración de todos los fieles Difuntos.

3. San Martín de Porres, religioso. († 1639).

4. Beata Elena Enselmini, virgen († 1242). Religiosa Clarisa, recibió el hábito de manos de San Francisco y tuvo por director espiritual a San Antonio de Padua. Durante su enfermedad dio heroicas pruebas de resignación y paciencia.

5. Beato Gómidas Keumurgian, presbítero y mártir. (†1707) Nacido y ordenado sacerdote en la Iglesia de Armenia, sufrió mucho y fue degollado en Constantinopla por mantener y propagar la Fe Católica profesada en el Concilio de Calcedonia.

6. San Melanio de Rennes, obispo (†d. 511). Dotado de gran espíritu de oración, construyó con sus propias manos una iglesia en Rennes, Francia y congregó muchos monjes al servicio de Dios.

7. San Pedro Wu Gousheng, catequista y mártir (†1814). Convertido a la Fe Católica, dejó el oficio de hospedero para ser catequista. Se negó a apostatar y fue estrangulado en Zunyi, China.

8. XXXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Willehado, obispo († 789). Nacido en Inglaterra, predicó el Evangelio en Frisia y en Sajonia, después de San Bonifacio. Fue el primer obispo de Bremen, Alemania.

9. Dedicación de la Basílica de León.

Beato Enrique Hlebowicz, presbítero y mártir († 1941). Profesor del seminario y universidad de Vilna, Lituania, fue fusilado durante la guerra, en un bosque próximo a Borisov, Bielorrusia.

10. San León Magno, papa y doctor de la Iglesia († 461). *Ver página 2.*

11. San Martín de Tours, obispo († 397).

Beato Vicente Eugenio Bossilkov, obispo y mártir (†1952). Religioso de la Congregación de la Pasión de Jesucristo, fue fusilado en Sofía, Bulgaria, por negarse a romper con el Papa.

12. San Josafat, obispo y mártir († 1623). Religioso de la Orden de San Basilio, fue obispo de Polotsk, Ucrania. Se dedicó a la causa de la unidad en la Iglesia, por eso fue perseguido por los enemigos y murió mártir.

13. San Nicolás I, Papa († 867). Se empeñó con vigor apostólico a consolidar la autoridad del Romano Pontífice en toda la Iglesia de Dios.

14. Beato Juan Liccio, presbítero (†1511). Religioso Dominicano, se destacó por su infatigable caridad con el prójimo, por el empeño en la propagación del Santo Rosario y observancia de la Regla. Falleció en Caccamo, Italia a los 111 años.

15. XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Alberto Magno, obispo y Doctor de la Iglesia († 1280). *Ver página 19.*

San José de Pignatelli, presbítero (†1811). Jesuita español que tuvo un importante papel en la restauración de la Compañía de Jesús, después de la supresión de ésta en 1773.

16. Santa Margarita, reina de Escocia († 1093).

Santa Gertrudis, virgen († 1302). Recibida desde muy joven en el monasterio cisterciense de Helfta, Alemania, se dedicó a la literatura y la fi-

* NOVIEMBRE *

losofía, progresando en el camino de la perfección, llevó una vida de oración y contemplación.

17. Santa Isabel, Reina de Hungría y religiosa († 1231). Duquesa de Turingia, que, al quedar viuda, se retiró a Marburgo, Alemania, dedicándose al cuidado de los enfermos en un hospital que ella misma había fundado.

18. Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo, Apóstoles.
San Odón de Cluny, abad, (†942).

19. Santos Roque González, Alfonso Rodríguez y Juan del Castillo, presbíteros y mártires († 1628).

San Bárlaam, mártir (†c.303) Labrador rústico e iletrado que se negó a quemar incienso a los ídolos y por eso fue martirizado en Antioquía.

20. San Francisco Javier Can, (†1837) Catequista, estrangulado y decapitado en Hanoi, Vietnam, en tiempos del emperador Minh Mang.

21. Presentación de Nuestra Señora. San Mauro de Cesena, obispo († 946). Sobrino del Papa Juan X, nombrado Obispo de Cesena, Italia. El culto a sus reliquias dio origen a la Abadía de Santa María del Monte.

22. Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo.

Santa Cecilia, Virgen y Mártir († S. III).

Beato Tomás Reggio, obispo (†1901). Arzobispo de Génova, Italia. Fundó la Congregación de las Hermanas de Santa Marta.

23. San Clemente I, Papa y mártir (†S. I).

San Columbano, Abad (†615).

Beato Miguel Agustín Pro, presbítero y mártir (†1927). Jesuita fusilado después de una condena sin juicio, en Guadalupe, México, durante la persecución contra la Iglesia.



San Nicolás I

24. San André Dung-Lac, presbítero y compañeros, mártires († 1625 -1886).

25. Beata Elizabeth Achler, virgen († 1480). Religiosa de la Orden Tercera Regular Franciscana, en Reute, Alemania. Vivió practicando la pobreza y mortificación del cuerpo.

26. San Silvestre Gozzolini, abad (†1267). Después de vivir retirado como eremita, fundó cerca de Fabriano, Italia, el Monasterio de Montefano, dando origen a la Congregación Benedictina Silvestrina.

27. Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa,

San Acario de Noyón, obispo (†c. 640) Siendo monje de Luxeuil, fue elegido Obispo de Noyón (Francia) y Tournay (Bélgica), que formaban una única diócesis en aquella época.

28. San Irenarco, mártir (†S IV). Verdugo, convertido durante la persecución de Diocleciano, al ver la firme-

za y fuerza de las mujeres cristianas. Murió decapitado.

29. I Domingo de Adviento.

San Francisco Antonio Fasani, presbítero († 1742). Sacerdote de la Orden de los Hermanos Menores, de fina cultura, gran amor a la predicación y a la penitencia, siempre atento al servicio de los necesitados. Murió en Lucera Italia.

30. San Andrés, Apóstol († s. I). Según la tradición, fue crucificado en Patras, Grecia, alrededor del año 60.





Inocencia, Revolución y Contra-Revolución



Archivo Revista

En el itinerario de un alma siempre se da la lucha para mantener la inocencia o su capitulación para adaptarse a la Revolución. Al tratar del niño que amó intensa y desinteresadamente la inocencia más que a sí mismo, el Dr. Plinio, en el fondo, se describe a sí mismo.

Vamos a procurar analizar algunos aspectos del recorrido de un alma, tomando en consideración que esta trayectoria puede tener variantes, conforme sean las personas y los ambientes.

Período envuelto en afecto, afinidad y despreocupación

A cierta altura de su existencia, la persona se da cuenta del universo de las almas humanas. Entonces, a partir de una determinada edad, el niño comienza a notar las graduaciones de afecto y afinidad: por un lado, siente más el afecto por parte de esos o de aquellos, y retribuye ese afecto; por otro lado, percibe las afinidades mayores y menores, y comienza a sentir también la estridencia de las heterogeneidades.

Hasta aquella edad, el niño se siente envuelto en un mar de afecto, de afinidad y despreocupación, suponiendo que todo el mundo le tiene

el mismo afecto manifestado por las personas más próximas.

Más o menos simultáneamente a esa percepción de los diferentes grados de afecto y de las heterogeneidades – que no se presenta necesariamente como una cosa frustrante, sino como una novedad –, el niño comienza a diferenciar más nítida y conscientemente el mundo de los niños con relación al de los adultos. Entonces, aparecen, también muy definidamente, dos formas de necesidad de contacto social: una es con los niños y otra con los adultos. Por tanto, un afecto, un interés y un deseo de conocer otros niños, y después, lo mismo con los adultos.

Entretanto, el deseo de conocer a los adultos y de relacionarse con ellos es de una naturaleza diferente. Con el adulto, el niño tiene una amistad hecha de reverencia, confianza y admiración hasta que llegue la edad crítica; pero antes de eso es así. Una necesidad de vivir a la sombra de los adultos,

para tener seguridad y saber qué modelo seguir. Pero no es aquella atracción enorme que comienza a despertar en el niño el otro niño. Y propiamente la vida del niño son los otros niños, mucho más que los adultos.

Comienza la confrontación con los padres

El niño se da cuenta de que es menos importante que los adultos, pero para él, los otros niños significan incomparablemente más. Entonces comienza a aparecer una necesidad de afinidad con los otros niños de la misma edad, y a dar importancia a esa afinidad; bien como a considerar las heterogeneidades con una pasión de rechazo, de antipatía, o entonces tomar los ridículos y castigarlos con una forma de desprecio y rechazo asombroso. Así mismo, una tendencia enorme a la imitación. Si un niño juzga que otro es muy superior a cualquier título, tie-

ne una gran tendencia a agradar, a imitar, a ser igual, a efecto de beneficiarse del mismo prestigio. Eso constituye el pequeño mundo de los niños, en el que el consejo de un niño de diez años para otro de la misma edad pesa mucho más que el consejo del padre o de la madre.

Como siempre ocurre, e irremediablemente, los padres no perciben eso y piensan que dando su opinión aplastan el consejo del hermanito o del primito, que no es sino un niño, sin mucha importancia. Se engañan completamente. Al abrirse ese mundo para los pequeños, los padres quedan puestos de lado.

Cuando un poco más tarde, el hijo percibe que forma parte de un mundo, de una generación que está entrando, queda puesto contra la pared en el siguiente punto: “Yo estoy a tono con mi generación. Parece que mis padres no lo están. Y si no afinan, conmigo y con los niños de mi edad, ellos no valen nada”. Entonces comienza a criticar a los padres, queriendo reformarlos para no quedar en ridículo frente a los propios compañeros. Y, literalmente, juzga al padre o a la madre de acuerdo con la impresión causada en la puerta del colegio, o sentado en el automóvil esperando a un compañero para irse.

Aquel pequeño mundo, de hecho, juzga a los padres absolutamente de acuerdo con determinados criterios, y ellos comienzan a notarse contestados, atacados. Los hijos tienen deseo de modelar, según el gusto de los primos o de los amigos, al padre o a la madre; y éstos, no quieren saber nada de eso, y no perciben bien cuáles son los criterios adoptados por ese pequeño mundo.

Se inicia, entonces, el periodo de confrontación entre padres e hijos, y también aparece el enfrentamiento del mundo infantil-masculino con el infantil-femenino. Porque las niñas – hoy debe ser diferente, pero en mi tiempo de niño era así – jugaban a las muñecas, a la cocina y cosas análogas; y los niños jugaban con los soldaditos de plomo, a golpes y cosas por el estilo... El mundo de ellas parecía apro-

piado para deformar al niño, privándolo de la fuerza, de la importancia que él debía tener. Y, por el contrario, para ellas, el mundo de los niños era el mundo de los pequeños bárbaros, sin delicadeza, que convenía ignorar para cultivar su propia vida.

Contactos con los primos

Esto continúa, más o menos, hasta comenzar la pubertad y la vida social tomar un aspecto más adulto. Aquí, por el contrario, el mundo de los niños y de las niñas se unen en una cordialidad muchas veces excesiva. Pero

El niño se siente
envuelto en un mar de
afecto, de afinidad
y despreocupación,
suponiendo que todo
el mundo le tiene
el mismo afecto.

antes, no; son mundos antagónicos.

Conforme el caso, al ingresar en la vida social, el joven descubre la importancia del mundo de los padres y la no importancia de su propio mundo. Entonces quiere volver a colgarse en los progenitores y percibe tener en su frente la etiqueta “Hijo de Fulano y de Fulana”. Se da cuenta de que podría ser más si los padres lo fuesen, pero que no podía ser algo si no tuviese aquellos progenitores. Así, los padres resurgen, dan consejos, porque los jóvenes van entrando en el mundo de los adultos.

Otra situación es la del mundo de los primos. Sobre todo, los niños que no tienen otro hermano tienden a considerar como un hermano al primo más amigo y más próximo. Sin embar-

go, de vez en cuando, percibe que el clan de los primos, de repente, se cierra y queda del lado de afuera. Y se da cuenta que no es lo que imaginaba.

Por ejemplo, un niño frecuenta la casa de un tío y es recibido absolutamente como uno de los niños de la casa, con los cuales está desde la mañana hasta la noche. Como es natural entre niños, más aún “hombrecitos”, pelean, hablan mal unos de otros. El niño percibe que algunos están de su lado, otros, en contra, y tiene la impresión de que el hecho de ser hermano no se tiene en cuenta, pero sí el de ser primo, porque está dentro de aquella familia. En determinado momento el niño nota de que alguna cosa se cerró, que no es para que él sepa. Después de mucho tiempo de silencio, percibe – porque alguien lo dijo en su presencia – que un primo o una prima estaba enfermo, pero los de la casa no se lo decían a los otros. Esa actitud muestra que él es, en último análisis, un forastero. Y el niño piensa: “¿Pero, iyo estoy sólo!?, ¿Cómo es eso?, ¿Cómo no me lo contaron?”

Deseo de encontrar un amigo ideal

Todo eso inaugura una situación nueva en la cual los valores, los sistemas de la época anterior se proyectan en una clave diferente. Aparece en el espíritu del niño el gusto de conocer o de tener un amigo que, como él, piense y sienta cosas que él no cuenta para nadie. Por ejemplo, uno con quien se pueda abrir sobre el mundo maravilloso suyo, y que sería el amigo con quien podría relacionarse; pero, sobre todo, tener esa afinidad de alma, que, para él, habituado a la primera fase en que todos los afectos eran imperceptibles, todo era un mundo de afecto, de dulzura, en el cual se encontraba, que fue proyectado para la segunda fase donde las heterogeneidades y las simpatías comienzan a definirse. Él queda con la esperanza de encontrar una ho-



mogeneidad completa, maravillosa, con personas con las cuales pueda abrirse, y que sean el prolongamiento de aquel mundo maravilloso inicial.

Vienen las añoranzas de la primera fase y el deseo de encontrar un amigo ideal. Y así como, en la primera infancia, el niño imaginó un azul o un rojo ideal, ahora imagina un amigo ideal, y camina firme, con la idea de que ese amigo debía existir. Y comienza a buscar, entre aquellos con quien tiene contacto, si hay uno así. Y a veces hay apariencias de que sí. Se da el primer contacto, pero al cabo de un tiempo mayor o menor, en general o siempre, se produce un hielo. Se siguen las decepciones, y se demora en percibir que no hay nadie. Cuando lo percibe, es una crisis axiológica con relación al mundo.

En determinado momento comienza a aparecer el otro sexo. Y la afinidad no es más con un amigo, sino con una “Dulcinea” que busca en esta o aquella niña; y es la misma historia: sucesivas decepciones.

La apostasía de la inocencia

El niño comienza a fabricar para sí dos mundos: uno interno, que es la búsqueda de alguna cosa que él no tiene, no está a su alrededor, y que necesita alcanzar; y el mundo externo en el cual necesita vivir bien, y con el cual alcanza una consonancia – natural en algunos puntos, artificial en otros –, a fuerza de buscar, de ser amable con los otros y de los otros ser amables con él. Aprendió los trucos de la convivencia. Es, más o menos como quien aprende a conducir un automóvil. Sabe que necesita mirar el espejo, tocar la bocina, apretar con el pie ora el embrague, ora el acelerador, ora el freno, y peda-



Niños jugando a los soldados.
Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid, España

leando aquello anda por las calles. Así también son las reglas de convivencia, de educación, los modos de ser tolerados y los no tolerados. Es una verdadera política. El individuo que no es bobo aprende esa política para poder vivir sin complicaciones, pero construye un mundo ideal suyo, que no existe, o capitula completamente.

Tengo la impresión de que la mayor parte de las personas piensa lo siguiente: “La vida en la cual estoy entrando es muy atrayente y agradable por varios lados. Es una vida de playas, de fiestas, de pequeñas reuniones íntimas, de excursiones con amigos, etc. Voy a coger mis lados que no sintonizan con eso y voy a reducirlos, para gozar aquello enteramente”.

Así, se da la apostasía de la inocencia, a la cual la persona renuncia enteramente y entra en eso como, por ejemplo, cuando la materia prima de una torta la ponen en un molde. Al cabo de algún tiempo, cuando se saca del molde, la masa tiene la forma que, si nadie la desarma, quedará hasta el fin del mundo con la forma del molde.

Para comprender mejor la cuestión de la imaginación de un mundo ideal, conviene establecer una distinción entre la novela histórica y la novela de ficción.

Novela de ficción y novela histórica

La novela de ficción, que sucede en la época contemporánea a la propia novela, en general, queda a medio camino entre la esquizofrenia y un ideal falso. Porque presenta como normalmente existente un mundo que no existe, pero que el individuo querría que existiese. Y después hace que el individuo viva en aquel mundo inexistente, de tal manera que cuando la novela termina, el individuo queda con la tristeza de separarse de los personajes como si se hubiese despedido de una ciudad donde vivió para viajar a otro lugar. El fin de una novela, a veces puede ser doloroso. El sujeto queda con añoranzas de una persona, de otra, de una tercera, que él sabe que no existen, pero que le dan añoranzas.

Y después hay la novela de ficción del futuro, que es otra cuestión.

La novela histórica lleva al individuo, impregnado de algunas tradiciones, a tener en apariencia la *bonne fortune* (suerte) de vivir en un mundo que le habría gustado haber conocido, donde disfrutaría haber vivido y como le gustaría haber sido.

No creo que haya muchos niños que hayan leído “Los tres mosqueteros”, sin deseo de haber sido mosquetero, imaginándose como uno de ellos, y viendo las escenas de los mosqueteros. Y entonces viviendo en un mundo imaginario, que sabe ser irrealizable, que no existe más, pero que durante algún tiempo atrae prodigiosamente.

Pero cuando él nota que ese mundo nunca más volverá, y que no tiene nada en común con el mundo en el cual está, él cierra aquel género de novela y entra en el mundo real, y va a ser un hombre. ¡Sobre todo, si

entra en carreras técnicas, en el comercio, en la industria o en las finanzas, él suprime esto completamente! Y entra absolutamente en lo real. Y juzga que alimentar su cabeza con esas cosas va a debilitar su capacidad de producir dinero, tener prestigio.

Aquí se produce la “apostasía”, entre comillas, porque es una inmersión en un mal peor, pero de hecho ya existe el mal desde antes. El mal nace cuando el individuo, en el límite entre la infancia y la adolescencia, percibe que tiene un mundo de infancia en el cual soñó con cosas que no existen en el mundo de la adolescencia. Y, que, si lleva esos sueños para el mundo de la adolescencia, se hace un inepto dentro de ese mundo. Entonces trunca aquellos sueños y entra en el mundo de la adolescencia.

Itinerario de un niño fiel

Entonces, ¿en qué consiste la inocencia? ¿En soñar? Hay un legítimo deseo de lo trascendental, del orden perfecto de las cosas, el cual, en una persona que reciba una buena enseñanza de Catecismo, queda viendo que es el deseo del Cielo. Esa tendencia del alma es, por lo tanto, una cosa buena que debe ser preservada como un valor supremo.

Habiendo considerado el camino de un niño infiel, ¿Cómo es el itinerario de un niño fiel?

Los primeros, primerísimos datos, los amó intensa y desinteresadamente más que a sí mismo. En el siguiente sentido. Si le ofreciesen; “Usted ahora va a morir, e irá a un mundo donde encontrará todo eso que usted quiere”, él acepta con gusto. No para gozar, sino para vivir en una sociedad y ser uno sólo con aquello, para unirse y llenarse de aquello.

Y por causa de esto, en la medida en que va pasando por las varias situaciones arriba descritas, él piensa: “Yo veo que los más adultos son otro mundo. Me doy cuenta de que los más jóvenes ejercen sobre mí una

atracción enorme. ¿Eso está bien? O sea, ¿se debilita o se confirma una verdad enorme que deseo servir?

“Noto que hay, en parte, algo de eso entre los niños, pero que es mucho más fuerte en el mundo de los adultos. Y, por lo tanto, necesito conservar con relación a éste un respeto y una atención que no puedo tener con el mundo de los niños, con los cuales, por otra parte, debo tener reservas, pues esos “potrillos”, yo sería uno de ellos, y que están entrando conmigo en la vida, tienen actitudes raras

Me di cuenta de
la consonancia de
ella con la Religión
verdadera, católica,
revelada, enseñada
por la Iglesia, y
que toda la vida de
la Iglesia también
vivía en ella.

y quiebran esa verdad enorme cuyos fragmentos constituyen mi meta”.

Así ya se inicia una diferenciación que es un comienzo de Contra-Revolución.

Como se forma el mecanismo de la Contra-Revolución en el alma fiel

Después, en la segunda etapa, una vez más a partir de la inocencia, analiza los otros: “¿Será muy bueno este otro? Pero cuidado, hay esto, aquello...” Cuando llega la ocasión de la otra, ini se diga! Entonces: “Mira, ino te dejes engañar!”

En un determinado momento, percibe que él está organizado por entero a partir de un punto en el que los otros no están organizados. Y viene la idea de la Revolución y de la Contra-Revolución.

¿De dónde nace la idea de la Revolución y de la Contra-Revolución? Uno se da cuenta de que en las generaciones anteriores ese embate era entre puntos menos distantes, y nuestra generación es una especie de sumidero de un río, que se abre y las aguas entran por entero en el océano. Es decir, no queda nada de lo que hubo. Y quien es contrarrevolucionario, dice: “¡No! ¡Esto no puede ser! En eso hay alguna cosa de eterno: ¡Es la santa Fe católica, apostólica, romana, que debe revivir! Entonces, es necesario luchar, porque cualquier cosa que no sea esto, no sirve”.

Así, el mecanismo de la Contra-Revolución se va formando en el alma desde el comienzo.

Yo juzgaba – no se si Doña Lucilia también lo juzgaba así – que el mundo de los adultos era muy bueno, muy correcto. Y ella era una persona del mundo de los adultos, que tenía muchos vínculos conmigo, porque era mi madre. Yo sentía una enorme afinidad personal con ella, desde muy pequeño. Pero ella, para mí, pasó a ser una persona enteramente definida cuando comencé a ver la diferencia de personas. Y veía a mamá como representando en alto grado todo cuanto aquí estoy diciendo. Y, sobre todo, cuando me di cuenta del lado religioso de ella.

Y noté la consonancia de ella, no solo en una cosa que fuese una mera apetencia de mi alma, sino con la Religión verdadera, católica, revelada, enseñada por la Iglesia, y que toda la vida de la Iglesia también vivía en ella. De ahí, un amor sólido, serio, de carácter sobrenatural, que llegó hasta el fin de su caminata.

Así nace la Contra-Revolución. ❖

(Extraído de conferencia de
27/9/1989)

Bienaventurados los que esperaron

Navío Kruzenshtern-Set,
Hérault, Francia

El mundo de hoy está muy habituado al combate contra la espera, y hasta cierto punto se comprende, porque la espera parece complicar el curso natural de las cosas. A causa de eso, la meta de la mecanización en nuestros días es apresurar todas las cosas y suprimir todas las esperas.

La espera es una preparación y una maduración que nos hace dignos de recibir algo deseado largamente

Aunque esa aversión a la espera tenga algo de natural, posee también algo de excesivo, porque en el mun-

do contemporáneo no se comprende el papel de la espera en la maduración y en la formación del hombre.

Por ejemplo, hoy se toma un avión y, saliendo de Sao Paulo, se llega a Europa en pocas horas de vuelo. Por tanto, en pocas horas se transpone el Océano Atlántico y se salta a otro mundo, otra vida, dejando atrás las Américas.

Antiguamente, se tomaba un navío para Europa, y el viaje demoraba quince días, durante los cuales la persona iba madurando su espíritu para entrar en el país hacia donde se dirigía. Esa demora había preparado una maduración. Por eso, se llegaba a Europa maduro. Hoy no: salimos de los aviones y vamos corriendo a otro lugar.

Debemos vivir para el Reino de María y los grandes lances de nuestra historia. Como esos acontecimientos demoran, la actitud perfecta es la de aquel que frente a cada noticia buena se estremece, con la esperanza de que todo se realizará. Sin embargo, si no se inicia ya, espera siempre alegre, rápido, dispuesto, llegando a la conclusión: “¡Dios vendrá en cualquier momento! ¡Y cuando llegue, encontrará mi alma preparada!”

A veces, la espera es una preparación y una maduración que resulta de desear largamente una cosa y que nos torna dignos de recibirla.

Vemos en la Escritura largas esperas y, a veces, contra lo imposible. Por ejemplo, según una bella tradición, San Joaquín y Santa Ana, los padres de Nuestra Señora, eran muy viejos, estaban más allá de la edad en la que un matrimonio tiene hijos. Fue en esa ocasión que milagrosamente nació Nuestra Señora.

Ahora bien, algo les decía en su interior que serían antepasados del Mesías, y pasaron todo ese tiempo esperando. Pero eso es una cosa extraordinaria, porque ellos se prepararon,

durante la vida entera, para recibir a la Madre del Mesías. Habrían estado mucho menos preparados para esto si, apenas casados, la Madre del Mesías hubiera nacido nueve meses después.

Nuestro Señor tuvo esperas llenas de decepciones

La espera tiene un gran sentido. Por eso encontramos en el Antiguo y en el Nuevo Testamento manifestaciones de espera asombrosas.

Por ejemplo, Nuestro Señor preparó a los Apóstoles para ser lo que fueron. Vean, sin embargo, en qué dio el plan del Divino Maestro: de doce Apóstoles, uno lo traiciona; los otros once huyen en el Huerto de los

A veces, la espera es una preparación y una maduración que resulta de desear largamente una cosa y que nos hace dignos de recibirla

Olivos; se queda solo. Un Apóstol lo niega, San Pedro, ique sería el jefe de la Iglesia! Es decir, todo sale mal; es una espera llena de decepciones, de situaciones conflictivas.

Pensar que de aquellos doce presentes en la Cena más memorable de la Historia, uno traicionaría; otro, San Juan, por quien Nuestro Señor tenía una particular preferencia, que recostó la cabeza sobre su divino pecho y oyó la pulsación del Sagrado Corazón de Jesús, ése huiría como los demás. ¿Quién

habría de imaginar una cosa de esas?

Nuestro Señor resucita, convoca a los Apóstoles, ellos se convierten, está todo correcto, comienzan el apostolado por el mundo.

Llega un Apóstol que era un perseguidor, un fariseo - ¡cuánto Jesús habló contra los fariseos! - que se convirtió y, por así decir, conquistó para la Fe toda la cuenca del Mediterráneo.

En medio de todo esto, ¡cuánta espera y hasta cuánta decepción tuvo el Redentor! Pero en la punta de esa decepción, aguantada con deseo y con la certeza de que vendría la conquista del mundo, terminó llegando.

La espera sin agitación favorece el pensamiento.

La belleza de esto se presenta por sí misma, es una verdadera maravilla. Dios quiere de aquellos que desean alguna cosa de Él, que esperen largamente. Y eso no está de acuerdo con los hábitos modernos.

Hoy en día se busca eliminar toda especie de espera; pero por eso también toda forma de maduración, de reflexión, de pensamiento, de meditación está eliminada. En general, los países donde más se corre y menos se espera son aquellos donde menos se piensa.

Consideren los grandes pensadores de otrora: Aristóteles, Platón, en la Antigüedad; o del mundo roma-

no: San Agustín, San Ambrosio; o de la Edad Media: Santo Tomás, San Buenaventura, etc.

¿Se puede imaginar a Santo Tomás de Aquino haciendo una gira de conferencias en América del Sur, “saltando” en un avión de capital en capital?

¿Esto no “embotellaría” su pensamiento?

Por el contrario, si Santo Tomás se moviese lentamente, sentado en un carruaje empujado por caballos, o montado a caballo, en aquellos largos intervalos ¿no pensaría, no reflexionaría? Evidentemente que sí. Es la ventaja de la espera.



San Joaquín y Santa Ana - Museo de Arte Sacro, Évora, Portugal



La Belleza propia de la espera

Cuando se desea una cosa buena, la espera tiene una belleza propia. Supongamos que Cristóbal Colón, en su navegación, no hubiese sufrido aquella espera horrible para llegar a América, sino que, por esas o aquellas razones, tuviese que navegar doce días, al cabo de los cuales llegase a una isla del Caribe y desde allí, comenzase con sus subordinados, sin mucho esfuerzo, la ocupación del nuevo continente. Un viaje fácil, simple, rápido, ellos llegaron y tomaron posesión y comenzaron a desbravar las nuevas tierras. ¿No perdería mucho?

Pero aquella navegación que no terminaba, y los marineros rebelándose contra él... Al final, aparecen boyando por el mar pedazos de vegetación, indicando que hay tierra próxima. Entonces, alguien anuncia: “¡Tierra a la vista! Miren ahí la vegetación!”

En ese momento todos se reconcilian.

Es mucho más bonito porque no sólo esperaron, sino que esperaron contra toda esperanza. Batallaron para conseguir, sufrieron, corrieron riesgos, en la incertidumbre de que, tal vez, nunca llegarían a nada. ¿Quién podría garantizar que ese mar no era una especie de desierto? Avanzan, avanzan, avanzan y no ven tierra. Entonces estaban perdidos, habría de llegar un momento en que ellos no tendrían más agua para beber. La muerte los esperaba. Una muerte de esmeralda y añil, pero la muerte. Sin embargo, van adelante, viendo como Colón continuaba esperando.

Flávio Lourenço



Conversión de San Pablo. Catedral de Gubbio, Italia

El lindísimo episodio de Abrahán con Isaac

Sin embargo, todavía es más bonita la espera cuando culmina en un milagro. Porque en el milagro se ve la mano de Dios, de Nuestra Señora que, por así decir, perfora las nubes y se aparece dando al hombre lo que tanto ansiaba.

Por esto mismo muchas veces vemos, en el Antiguo Testamento, que Dios se aparece, promete y cumple. Pero, a veces, hay de por medio toda clase de dificultades.

Pensemos en el lindísimo episodio de Abrahán con Isaac. Abrahán era viejo, pero Dios le prometió una numerosa descendencia. Al final, después de esperar mucho, tuvo un hijo.

Nace un niño y, cuando es un jovencito, Dios se aparece a Abrahán y le dice:

– Este hijo que te prometí, quiero que lo mates en mi honra.

Abrahán podría decir:

– Pero Señor, ¿y la promesa? Vos, entonces, ¿me prometéis un hijo para quitármelo después? ¿Y ese niño muere sin dejar descendientes? ¿No te estáis burlando de mí? ¿No os estáis burlando de la esperanza que hiciste nacer en mi débil corazón de hombre, oh, Dios?

¡Nada! Él lleva al niño hasta lo alto del monte, dispuesto a matar al hijo de la promesa. Con la ayuda de la propia víctima construye el altar donde debería ser inmolado. Mientras caminaban al lugar del sacrificio, Isaac pregunta:

– Padre mío, tenemos el fuego y la leña, pero ¿dónde está la víctima para el holocausto?

Y Abrahán responde al

niño:

– Dios proveerá la víctima para el holocausto, hijo mío.

Concluido el altar, Abrahán tal vez haya dicho a Isaac: Acuéstate encima del altar. Como diciéndole: “La víctima eres tú”. El niño, dócil como el padre, se acuesta. El padre toma el cuchillo y va a asestar un golpe para matar al niño, y, en el último momento, cuando va a descargar el hierro sobre el pecho del hijo, aparece un Ángel y dice:

– ¡Abrahán, Abrahán! ¡Para! Dios te estaba probando, quería ver hasta dónde va tu obediencia. En atención a tu esperanza y a tu disciplina, tus hijos serán mas numerosos que las arenas del mar y las estrellas del cielo (Cf. Gn 22, 2-18)

Abrahán no podía imaginar el acontecimiento infinitamente mayor que se daría: iuno de sus descendientes sería la Segunda Persona de

la Santísima Trinidad encarnada! El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1, 14). Es decir, Nuestro Señor Jesucristo, Dios, se encarna en la raza judaica, dando, por lo tanto, a Abrahán que era el primero, el depositario de la promesa al pueblo hebreo, una plenitud de recompensa incomparable.

Bienaventurados los que esperaron; ¡De ellos fue la promesa, ¡De ellos es la victoria!

Es verdad que la descendencia de él sería más numerosa que las arenas del mar y las estrellas del cielo; pero, sobre todo, cualitativamente sería mayor, pues en ella nacería el Hijo de Dios.

Frente a la demora, debemos estar siempre alegres, listos y dispuestos.

Sin embargo, en el momento en que nace el Mesías, el pueblo está de tal manera decadente que es el propio pueblo elegido el que mata al Mesías esperado. ¿Puede haber una cosa más terrible que ésta? Cae, entonces, sobre el pueblo una terrible maldición, la mayor de la Historia.

Consideren, entonces, la esperanza: Dios prometió que, por su amor al pueblo de Israel, al final de los tiempos ese pueblo se va a convertir. La historia de las relaciones de Dios con el pueblo judaico se abre por una prueba tremenda y termina con una reconciliación dulcísima. ¡Espe-

rar, esperar y super esperar acaba teniendo éxito!

Tal vez valga la pena, en alguna ocasión, que nosotros mismos contemos la historia de nuestras esperas y esperanzas. Frente a la espera, se da una selección: hay quienes proceden mal y quienes proceden bien.

Los que proceden mal son, a su vez, de dos clases: unos se desinteresan, se desesperan y comienzan a preocuparse con las cosas del mundo. En vez de vivir para el Reino de María que vendrá y para los grandes lances de nuestra historia, como esos acontecimientos se demoran, se desesperan y concluyen: “¡No, esto no va!” Se vuelven entonces, agresivos, peleadores, intratables y acaban lanzándose, por ejemplo, atrás del dinero y de tantas otras cosas, procurando engrandecerse en los caminos de este mundo.

Otros toman un rumbo diferente. Esperan durante algún tiempo, pero como la esperanza no se realiza enseguida, se van entibiando en las vías de la vocación, caen en una modorra

que los deja completamente indiferentes delante de las mayores maravillas.

¿Cuál es la actitud perfecta? Es la de aquel que con cada noticia buena se estremece: “¿Quién sabe si ahora va a comenzar...” Y si no se inicia ya, espera para mañana, para pasado mañana. Siempre alegre, siempre listo, siempre dispuesto, llegando a la conclusión:

“Dios vendrá en cualquier momento! ¡Y cuando venga, encontrará mi alma lista! Yo no me cansé de esperar porque Él es infinito y perfecto. Ahora bien, lo infinito y lo perfecto se esperan, por así decir, infinitamente, para esperarlos perfectamente. Bendito el día en que la palabra de Dios, confirmada, baje sobre nosotros. ¡Vamos adelante! En ese día, podremos decir: “¡Bienaventurados los que esperaron: de ellos fue la promesa, ¡de ellos es la victoria!” ❖

*(Extraído de conferencia de
3/7/1988)*



Abrahán conduce a Isaac al sacrificio – Hospital de la Caridad, Sevilla, España

Reflexiones en la línea de lo maravilloso

El Dr. Plinio poseía desde su más tierna infancia un sentido de lo maravilloso tan excelente, que viendo un pequeño vaso colorido imaginaba una catedral, las calles y las casas de una ciudad hechos con el mismo material, colores y luminosidades. Siendo mucho más sensible a los colores que a las formas, meditaba respecto a posibles universos de los que aquel vasito podía ser una muestra.

Me gustaría analizar un objeto que en mi niñez me sirvió para muchas reflexiones en la línea de lo maravilloso.

Espíritu más cromático que dado a las formas

Un pequeño jarrón que en sí mismo no tiene nada de extraordinario, ni tampoco de gran valor comercial. Sin embargo, tiene algo tan propio que me sirvió mucho: pretende él en varios detalles imitar y recopilar estilos que, en algunos aspectos, apuntan hacia lo admirable. Su forma, los diseños dorados, la base también dorada que invertida da la idea de una corona, todo encamina el espíritu a una idea maravillosa del objeto.

Para un niño, no es tan importante la cuestión de si el objeto tiene o no la maravilla hacia la cual tiende, cuestión que la persona se pone después de los treinta años si es que ha comenzado una madurez incorrecta. La pregunta implícita que hace el niño es: ¿Cuáles son los valores maravillosos hacia los que en sí el objeto tiende?

Digamos entonces por ejemplo que a un pequeño florero francamente ordinario – no como el que estamos analizando – pero que tendiese mejor hacia lo maravilloso, un niño le daría más valor que al fino, porque la pregunta que él se haría no es cuál sería su valor comercial o artístico, sino hacia dónde lo atrajo, esto como siendo la primera cualidad tomada en consideración por el niño.

Así era como yo de niño veía este objeto. Nótese que mi espíritu es mucho más sensible a lo cromático que a las formas. Para mí – más que la forma o la calidad del material – este florero es una gota de color en la que se evidencia la combinación que más me gusta: rojo y blanco. Pero no a manera de una línea roja y después una línea blanca, sino unas blancuras enrojecidas y unos rojos emblanquecidos puestos aquí y allá.

El material del que está hecho tiene una cierta transparencia que le permite a la luz un cierto juego que se presta mucho para reproducir ese tipo de color.

Entonces hay aquí una especie de teoría acerca de las combinaciones de los colores que me agrada mucho: los colores pueden mezclarse hasta un cierto punto en que uno se deshace en el otro. Y entonces ya no es una mezcla sino otra cosa. Y ese pasar por todas las gamas intermedias da un valor cromático ideal muy especial.

Imaginar calles y casas hechas con ese material

Me complacía mucho considerar un mundo en el cual el color y luminosidades preponderantes fuesen esos, donde los adoquines de las calles y las tejas de las casas fuesen de ese material, donde los hombres, consecuentemente, no serían “rojos” y “blancos” sino que tuviesen un espíritu dotado de ese juego de reversibilidades, en que estuviese presente la firmeza pero que también hubiesen concesiones y afabilidades con un trato mutuo que yo imaginaba nobilísimo, pero al mis-

mo tiempo delicadísimo, todo hecho de condescendencias recíprocas fantásticas en la línea del bien, de manera que nada fuese malo, sino apacible, concesivo, bondadoso, una perenne sonrisa y una forma perpetua de *douceur de vivre*¹.

Sería propiamente la relación entre personas que se estiman por ser diferentes. No la relación de los que se sienten iguales, sino de los que son diversos y en esa diversidad, en ese *ludus*, se complementan.

Me parece que el papel del dorado de la base en esa combinación, es el de que encima flota infinitamente otra cosa, que evoca una clave diversa de valores.

Imaginen que alguien esparciese mil gotitas doradas encima del florero con lo cual este adquiere un valor real más alto. A mi entender no lo valoraba más, incluso que fueran de verdadero oro no lucraría más. Yo mandaría lavar el florero porque lo dorado se tornaría una mezcla promiscua y haría que el material restante como que se avergonzase de ser lo que él es.

Ciertamente el artesano que elaboró ese florero no tenía estas ideas explícitas pero lo cierto es que él puso lo dorado fuera del centro de atención porque lo central es-

tá en la parte nacarada del florero y lo dorado corresponde a los horizontes para donde la mezcla de lo rojo y blanco apuntan fuera del tema central, pero como algo para intentar alcanzar.

Transponiendo todo este análisis para el juego de las relaciones humanas, sería algo así como si en el marco de las relaciones humanas se comprendiese el convivir con Dios como algo infinitamente más alto, más elevado, más noble.

La necesidad de la prueba

Si la gran industria puede o debe existir en el Reino de María, ella debe y puede ser utilizada para finalidades superiores a la mera producción cuantitativa. Se podría comprender una gran industria que construyese una catedral con el mismo material del florero en un panorama adecuado que combinase con ella.

La fabricación de vitrales no fue producto de la gran industria. Y podríamos imaginar que con la evolución de la industria de los vitrales se hubieran podido construir iglesias todas hechas en vidrio y que golpeándolo de cierta manera ese material emitiese un bonito sonido. Entonces, ima-



ginen una iglesia que sea ella la campana de sí misma donde el toque no se dé en el campanario sino en las paredes de la propia torre. Torres que vibren ellas mismas como campanadas lanzadas al aire de manera que correspondiesen el sonido y los colores al contemplarlos la mirada.

Es necesario decir que yo quedé con innumerables mundos así en la mente y sin acabar. Sobre todo colores que yo algunas veces vi aquí, allá y más allá, dándome margen a imaginar universos posibles de los que ese florero era apenas una muestra. Creo que la matriz de la inspiración artística es esa.

Peligro contra el cual es necesario tomar precaución: Un mundo así sería tal, que entonces no se comprendería el dolor y ni siquiera la probación. Es decir que si imaginamos un mundo así y al que Dios resolviese ponerle una prueba, tendríamos un desconcierto como si Él estuviera traicionando su propia obra. Hay una dificultad en poner dentro de eso la idea de la probación, como la hay en comprender que Dios haya permitido la entrada de la serpiente en el Paraíso.

Pero lo más interesante es que solamente después de haber pasado por una probación, es que comprendemos que todo alcanza su perfección únicamente cuando pasa por ella. Solamente cuando algo recibe el golpe de lo opuesto y se afirma, es que propiamente justifica su existencia.

Sin embargo podría haber una objeción para esto que afirmo: “¿Entonces el mal es necesario?”

No, el mal no es necesario pero la prueba sí. Esas maravillas deben existir en orden de batalla contra lo que las quiera destruir. Y es en esa posición de orden de batalla que ellas adquieren una especie de consistente plenitud que les da fuerza y dignidad.

Un tipo de relación propio de la Visión Beatífica

Un aspecto que a primera vista sería inimaginable es que hubiese un caballero cuya armadura fuera hecha de este material pero indestructible, siendo así al mismo tiempo el símbolo de la delicadeza celestial en medio del batallar más feroz.

En *La Chanson de Roland*, la despedida entre Oliver y Roland da idea de eso. Los dos iban a morir y se encontraban ya en una situación en que estaban liquidados. Sin embargo la ternura con la que ambos se tratan es enorme.

Oí decir – no sé si es verdad – que hoy día se toman fotografías en que se perciben los colores de los cuerpos celestes y en los que se ve un colorido diferente de lo que existe aquí en la tierra.

Se podría entonces imaginar un mundo para el cual el colorido de este florero fuese como la luz del día para nosotros, es decir donde todas las personas se trataran a lo rojo

y a lo blanco, como ellos dos se “tratan” aquí y que en el interior de cada persona – no solamente el físico sino también el moral – la luz jugase como juega en este florero.

Esas personas se comprenderían y tendrían una avidez de entenderse, una necesidad de mutuo cordial entendimiento sobreabundante, mediante el cual se unirían unas con las otras en un perpetuo intercambio de alegría con “sorpresa” al considerar que la otra existe.

De tal manera que en la calle no se encontraría una multitud de anónimos sino de buenas “sorpresas”: “¡Oh, existe también este, aquel...!” Las personas sin conocerse se detendrían, se saludarían y se alegrarían en este diapason. Y habría – por decirlo así – una perpetua sonrisa de encanto, un cántico perenne y una especie de danza de las personas encontrándose y hablando. Creo que el Cielo debe ser algo así.

La cuestión es que existe un mundo de otras cosas que se presta a consideraciones como estas. El florero aquí analizado es apenas una gotica que ocupó en mis meditaciones de niño apenas un pequeño espacio. Los jades, las porcelanas chinas, los cristales de Bohemia, los esmaltes, los ónix, las mil cosas preciosas que hay, representan un orden natural, filosófico, quizá metafísico. Apuntan hacia una naturaleza superior pero estando enteramente dentro de nuestro orden natural. Lo sobrenatural está afuera y encima. No es enemigo de lo natural; al contrario, es amigo, alienta, bendice pero se encuentra directamente encima.

Para considerar cómo es que se instalaría en el orden sobrenatural, tendríamos que imaginar cómo cabría un objeto como ese en la gruta de Belén en la noche de Navidad.

El orden natural transpuesto para el orden sobrenatural

Se podría hacer una distinción entre la naturaleza del Cielo empíreo² – que todavía está más próximo de lo natural – y la naturaleza de lo metafísico: ¿Qué es puramente espiritual en nosotros mientras contemplamos lo que en los demás también es espiritual? y luego, lo que en nosotros es espíritu ¿cómo contempla a Dios – que es la esencia divina – infinitamente por encima de nosotros? Estas son cosas completamente diferentes.

Pero todo esto – que sería una contemplación ardua y difícil – se puede resumir y entender mucho mejor, considerando la unión de las naturalezas humana y divina en Nuestro Señor Jesucristo. En Él encontramos todas las posibles bellezas y excelencias del orden natural puestas en la clave sobrenatural.

Entonces, podríamos imaginar las operaciones de la gracia flotando sobre objetos como ese. O por ejemplo flotando sobre la *Sainte-Chapelle*³ cuyos vitrales son naturales, y cuyos colores son producidos por la naturale-



P. P. Castro

za, al igual que los de este florero. Pero el que ve esos vitrales recibe una gracia con la que percibe algo sobrenatural análogo a esa naturaleza.

Lo sobrenatural tiene cierta forma de asumir las cosas por donde estas, sin dejar de ser ellas mismas, se elevan tanto que cambian de aspecto.

Por ejemplo, una imagen de Nuestra Señora Milagrosa puede llevar joyas hasta en la cintura. Estas joyas son piedras naturales, pero las gracias que se reciben en la Iglesia donde está son tales, que ellas brillan por así decirlo también respecto a estas joyas. Estas piedras naturales adquieren una luminosidad que para nosotros enriquece lo sobrenatural que la imagen nos quiere decir.

En términos más precisos, la gracia también usa piedras para comunicarnos algo. Entonces, en el pesebre, ella también podría usar este florero para – por un proceso análogo difícil de imaginar – manifestar algo de sí mismo a nosotros. ♦

(Extraído de conferencia de 10/02/1983)

- 1) Del francés: Del francés: dulzura de vivir.
- 2) El Cielo Empíreo -sin definición dogmática todavía- es uno de los niveles celestiales que algunos grandes teólogos como el propio Santo Tomás de Aquino y el Jesuita Cornelio Alápidé conjeturan como un lugar con presencia de materia glorificada e incluso con materia de composición desconocida en la Tierra.
- 3) Santa Capilla, París-Francia.



María Medianera – Monasterio
de Santo Domingo,
Lequeitio, España

Medianera de todas las gracias

Nuestra Señora es la Medianera de todas las gracias. Por lo tanto, todas las súplicas que van a Dios pasan por Ella. De tal manera que, si todos los Santos del Cielo pidiesen algo en unión con María Santísima, serían atendidos; pero si Nuestra Señora no suplicase con ellos, no serían acogidos. Sin embargo, la Santísima Virgen cuando pide algo es atendida.

Es por la intercesión de Ella que todas las oraciones llegan y se vuelven agradables a Dios, como también todas las gracias concedidas por el Creador llegan hasta nosotros por medio de Ella.

María es, pues, el canal por donde suben todas las oraciones a Dios y todas las gracias bajan a los hombres.

(Extraído de conferencia de 25/10/1971)